



EN LO QUE QUISIERAN CONVERTIR LOS PAPAS Á LA TRINIDAD CRISTIANA

Torpeza incomprensible

Al saberse en el Vaticano que el cólera estaba en Italia, lo primero que hizo el Meri, interpretando los deseos de Pío X el infalible, fué suspender las audiencias que se celebraban los viernes y en las cua es eran recibidos los diplomáticos extranjeros.

Si los católicos tuviesen un adarme siquiera de sentido común, esa noticia debería hacerlos desertar en masa de la religión de Roma.

Pero que esa noticia, al parecer tan sencilla, retrata de cuerpo entero, y con exactitud asombrosa, á los explotadores de esa religión. Sólo piensan en esta vida y en los gozos materiales.

Pero á la vez son torpes.

Buena ocasión han perdido para prolongar durante unos cuantos años el embaucamiento de sus fieles.

Si en vez de manifestar ese temor á la muerte, dicen:

«Abranse las puertas de iglesias, conventos, palacios episcopales y toda clase de edificios religiosos, comenzando por el Vaticano, para alojar en ellos á todos los que, por carecer de alimento y albergue, son los predestinados á morir del cólera.

«Conviértase cada fraile en un enfermero, cada clérigo en un mozo de sala, cada hermana en una verdadera servidora de la caridad.

«Colóquese cada canónigo, cada obispo, cada cardenal á la cabecera de un moribundo, á fin de que todos dejen la vida esperanzados de resucitar en otra mejor, y no profiriendo maldiciones ni vomitando blasfemias al verse abandonados.

«Si no hay dinero con qué realizar esta obra santa, empuñense las aijas de las vírgenes de mármol ó de madera para salvar á las de carne; quítense á los niños Jesús las diademas para alimentar á los de tantas madres exhaustas; véndanse los mantos riquísimos de las imágenes para traducirlos en camisas para los ancianos; truéquense los báculos de oro por el cayado simbólico de encina ó de olivo; conviértanse las piedras preciosas de los pectorales, y de las mitras y de las tiaras en alimentos y vestidos para los que morirán desamparados si nosotros no los atendieramos...»

¡Ah! Si tal dicen, y lo llevan á la práctica, no son tapas y medias suelas fuertes las que le echan al catolicismo, y no es flojo el palo que nos dan por tabla á los impíos; hubiéramos tardado mucho tiempo en enojarlos.

Mas ¡ay! con lo que han dicho y lo que han hecho, han venido á darnos la razón de todo en todo, y fuerza incalculable á esta canción que entonamos á los fieles:

«Ya lo veis. No hay manera de que el catolicismo ponga en armonía sus obras con sus palabras. Todo eso de religión de los pobres, de amor al prójimo, de caridad cristiana, de abnegación, de sacrificio, de desprecio á la

vida de la carne, ¡todo mentira, mentira y mentira!

A la primera noticia de que el cólera está en Italia, el siervo de Dios cierra las puertas de su espléndida morada, no ya solo á los pobres, que nunca las tuvieron abiertas, sino hasta á los representantes de naciones poderosas sin cuyo apoyo no viviría la Iglesia, representantes que, por su posición y la vida que hacen, no están muy expuestos á ser contagiados.

¿Qué más prueba de que para ellos lo importante es esta vida terrenal, cuando evitan con tanto celo que el cólera tenga el menor pretexto para enviarlos a gozar anticipadamente de la celestial y eterna?

¿Qué demostración más palpable de que no creen en la eficacia de lo que predicán, que la de acordarse en su propio palacio el mismo que recomiendan á los fieles que reciten oraciones, celebren rogativas y besen reliquias para evitar la visita del cólera, ó para ahuyentarlo, sin preocuparse de la situación desairada en que deja á San Roque, San Caralampio y demás abogados contra la peste?

Contestarán que, de no tomar precauciones, podría ser contagiado algún cura, algún fraile, acaso algún obispo, el Papa quizás. ¿Y qué? Se cumpliría la voluntad de Dios, á la que no deben oponerse. Además, si así fuera, ¿qué mayor gloria para ellos que la de morir dándole una medicina á un niño, consolando á una madre, administrándole la unción á un enfermo? Caer en el Barranco del Lobo de la Caridad, por dar testimonio del que llaman ideal cristiano, ¿qué más suerte ni qué más honra?

Y al presentarse á los pocos minutos á las puertas del cielo, oliendo aún á ácido fénico, ¡con qué santo orgullo le dirían á San Pedro: «Venimos de Roma, donde acabamos de morir por haber asistido á los pobres atacados del cólera en nuestros palacios, nuestros templos, nuestros asilos!...»

Inmediatamente que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se enteraran, dispondrían que todos los coros angélicos corrieran á la puerta de la mansión celestial á recibir como se merecían á aquellos héroes del cristianismo; y la Trinidad misma, seguida por la aristocracia de los bienaventurados, vestidos todos de galá, acudiría á presenciar su entrada triunfal.

¡Y qué célico regocijo al pasar por debajo de los balcones de las once mil vírgenes y de las santas más bellas, y ver que, entre cantos y exclamaciones de júbilo, les arrojaban puñados de rosas, claveles y magnolias que ellas habían deshojado con sus manos purísimas!

.....
Sí, lo repito: ha sido una gran torpeza el no haber aprovechado la ocasión presente para dominar por algún tiempo más en la Tierra y entusiasmar al Cielo, dándonos á la vez una gran lección

á los impíos; torpeza á la que sólo en contraría yo esta disculpa: que los curas y los frailes de todas las categorías creyeran efectivamente que el cólera es una manifestación de la cólera divina, y que nos lo envía Dios para castigarnos.

Porque entonces comprendería que se hubieran hecho este razonamiento:

«Si viene el cólera á recolectar pecadores, contra nosotros principalmente viene. Tomemos, ya que de arriba no ha de venirnos socorro, precauciones higiénicas, para ver si podemos una vez más torcer ó contrariar los inexcrutables designios de la Providencia.

JOSÉ NAKENS

La creencia en Dios

Según cálculos aproximados, fundados en el estudio de sus propiedades y otros bienes, la fortuna de los obispos italianos asciende á *setenta* millones de renta anual, es decir, á *dos milares de millones* de capital.

¡Para que no aparenten creer en Dios los pobrecitos! Serían unos ingratos.

Como son unos imbéciles los que, sin tener que comer, ó comiendo muy mal, y aun esto á costa de su trabajo insuperable, llaman á Dios su padre.

Cada cual debe hablar de la feria, según le vaya en ella.

FINIS HISPANIÆ

Dícese que si la ruptura con el Vaticano se realiza, renunciarán á sus títulos honoríficos todos los sacerdotes que figuran como capellanes y predicadores de Su Majestad.

Harían perfectamente en renunciar sus títulos palatinos esos ejemplarísimos imitadores de Cristo, porque esto de capellán palatino suena así como predicador de Herodes y capellán de Nabucodonosor.

Porque sabido es que los capellanes palatinos son elegidos de entre los clérigos más ejemplares, ó sea los más modestos, los más humildes, los más caritativos, los más celosos, los más cumplidores de la disciplina; y sabido es que forma un cuerpo esplendoroso, no por la seda de sus manteos, ni por el color de los ribetes y ojales de su sotana, ni por el metal de sus cruces y hebillas, ni por lo jacarandoso de sus cuerpos gentiles, ni por su *echaura pa alante*, sino por sus largas historias de méritos y servicios cristianos, por las persecuciones sufridas en la predicación del Evangelio, por las enfermedades adquiridas en las epidemias, por haber dado sus bienes á los pobres y haber seguido á Cristo en el calvario.

A su presencia se respira el olor, no de colonia, ni de la azurea, ni del perfume *Ideal*, sino el aroma de sus virtudes clericales, cívicas y domésticas, de su castidad, de su templanza, de su justi-

cia, de su fortaleza, de su humildad y caridad.

Ellos, como San Pablo, dicen y repiten: «Nos gloriamos en la cruz del Señor: en las cárceles, padecimientos, molestias, trabajos y sacrificios hechos por su causa y en su servicio.» No se glorían de sus títulos mundanos, ni de conquistas palatinas, ni de sus esbeltas figuras.

Ellos van á la capilla del palacio á celebrar el culto, no para servir y agradar á los monarcas y para merecer los gajes de su oficio, sino para servir y honrar á Cristo, desagraviándole de las ofensas cortanas. Ellos pagan á Dios con ayunos las comilonas cortesanas; con cilicios y disciplinas, los bailes y soirées aristocráticos; con actos de sencillez y humildad, las ambiciosas intrigas de los políticos. Ellos son la *luz del palacio* y la *sal de la corte*.

¿Qué hará España sin esta corporación de ilustres, olorosos y brillantes apóstoles de Cristo?

¡Oh, qué calamidad!

No hagan tal esos ínclitos varones. ¿A dónde irían á parar sus grandes virtudes con más provecho del pueblo de Dios? No harán tal; esos angelitos se sienten devorados por el celo de la casa de Dios y de la suya; y hasta saben que si se desnudan de esa librea palatino-cristiana, quedarían hechos unos Adanes ridículos, y que no les faltarían sucesores que *cargarían* con la cruz de Herodes que ellos abandonan.

Consolémonos, que no vendrá tal calamidad sobre la patria. España no morirá por falta de capellanes palatinos, sino por la plaga de clero palaciego.

Tontería canallesca

Los neos de Logroño han denunciado al juzgado de instrucción el *delito* cometido por los padres que han enterado civilmente á sus hijos.

¿Delito? Si alguno cometen los padres es el de bautizar sus hijos imponiéndoles así una religión en la que tantos se ciscan después.

El hecho, como tal, es una tontería; pero como intención es de lo más brutal que puede imaginarse y da idea de lo que haría esa chusma si llegara á imponerse del todo.

Dejaría en mantillas á la canalla inquisitorial de ayer, la canalla inquisitorial de hoy.

¡Guerra, pues, hasta exterminarla!

Asesinato frustrado

Hallábase orando en la Capilla de Nuestra Señora de los Desamparados la señorita doña María del Carmen Ternero, la mañana del 23 del pasado en Marchena, cuando se vió sorprendida por un individuo llamado Antonio Metro que la sujetó fuertemente por los brazos y tapándole la boca la arrastró por el templo, conduciéndola así á la puer-

ta que da acceso al campanario, y allí sacó una faca.

La señorita forcejeó y gritó, acudió la portera del templo, y entonces el Metro abandonó su presa y echó á correr.

Conducida á su domicilio, le fueron curadas dos heridas, una en la cara y otra en la pierna derecha. El agresor fué puesto á disposición del juzgado.

¿Quién era aquel salvaje? El exdirector del periódico local la «Juventud católica», que confesaba y comulgaba casi diariamente, asistía sin falta á la Adoración nocturna y pertenecía á varias asociaciones religiosas.

¿Y qué causas le impulsaron á obrar de aquel modo? Se ignora; sólo se sabe que hace varios días había dirigido una carta á la madre de la joven, amenazándola con matar á su hija si en el acto no le enviaba doscientas pesetas.

Pero fueran las causas las que fueren, hay este hecho innegable: ese individuo no se ha educado en las escuelas laicas, ni tiene otra moral que la de la Iglesia. Que es lo único que me interesa demostrar.

Aconsejo á los católicos que lo hagan pasar por loco, como acostumbran siempre que alguno de los suyos comete alguna barrabasada mayúscula.

Será la única manera de atenuar el atropello brutal cometido en un templo por uno de sus más asiduos concurrentes.

Católicos honrados y católicos infames

Por esto que en el catolicismo hay muchos individuos que profesan honradamente sus ideales, EL MOTIN ha emprendido hace algunos meses la campaña de las *Hojitas piadosas*, dedicadas á hacer abrir los ojos á los honrados sobre las infamias de los infames.

Es indudable: en el catolicismo hay paganos y hay gitanos, hay explotados y explotadores, hay devotos desprendidos y hay sujetos rapaces.

Hace siglos que en el seno de la Iglesia se agita el mal estar por esta confusión de los seres protervos con las gentes incautas. El Papa presenta á la devoción del pueblo, á Cristo mártir, á Vicente de Paul el bondadoso, á Pedro Nolasco el altruista, es decir, á esos varones inocentes y puros, cuya filantropía es innegable; y después de ensalzar sus virtudes, el papado hace reer á los pueblos que él es el heredero, continuador de las virtudes y espíritu de esos varones venerables.

En cambio oculta los escandalosos crímenes de los Papas, las repugnantes immoralidades de su corte, arrinconada Pedro de Arbués, calla las guerras promovidas, los envenenamientos, los asesinatos, los despojos y las perfidias de la curia romana.

Y por lo mismo que el pueblo sencillo ignora estos crímenes y sus oídos están saturados de aquellos elogios, por eso el pueblo sencillo no puede juzgar ni puede distinguir.

El Vaticano ha calificado siempre de

cismática toda tendencia encaminada á poner de manifiesto esta distinción, á separar los buenos de los malos, ó sea, á dividir los dos campos; la Iglesia santa y la Iglesia infame y canallesca. Ya San Jerónimo batalló en este sentido. Ya por batallar sobre lo mismo fué quemado Savonarola. El *pillo* sabe que no puede vivir sin el candido; necesita ir del brazo con él, para que la virtud del bueno abra la puerta á la perversidad del truhán.

Pero los tiempos adelantan, y por eso hay que atacar sin descanso, gritando á los católicos «honrados»: ¡Ee que te lleva del brazo y te explota, es un canalla; observa sus infamias...!

Entre el Cristo que por las heridas de su cuerpo derrama el amor con su sangre, y el Cristo cuyos miembros son trabucos, bayonetas y puñales, que vomita el fuego de la Inquisición por los ojos, que destila el veneno del odio por su corazón, que exhala horror y espanto por todos sus poros, hay una distancia infinita: aquél es el Cristo de los católicos honrados; éste es el Cristo del jesuita.

Inquisiciones legales

Cárceles disimuladas.

Va picando en historia la frecuencia de las detenciones arbitrarias.

¿Cuántos jueces, cuántas reclusiones hay en España, además de los y las que establecen las leyes?, se pregunta la gente cada vez que la Prensa refiere un hecho como el de la joven millonaria secuestrada en Madrid, y el de la niña de Barcelona, que contra su voluntad, ruidosamente expresada, fué conducida por los guardias á un convento.

Malas son las cárceles, pero al fin se entra en ellas por auto ó sentencia pública de un juez, ó por disposición, también pública, del gobernante, y existen leyes que regulan la vida de los presos. Pero en esas Inquisiciones chiquitas no hay más ley ni otro derecho que la voluntad de los que las explotan y la de aquellos que les envían carne viva.

Alguna vez los jueces mismos ó otras autoridades, y esto es lo más doloroso, fiados en la virtud y la probidad de esos carceleros, vistan el hábito de una Orden religiosa ó la toga del doctor, señalan sus establecimientos para residencia obligada de menores ó de casadas, huérfanos, pupilos, etcétera, y echan todo el peso de su poder público para mantenerlos allí.

En Madrid son casas así privilegiadas: el convento Inquisición de las Recogidas, calle de Hortaleza; el convento ilegal de San Joaquín, calle de San Vicente; las Adoratrices, las Oblatas, las Trinitarias de Méndez y alguna otra cárcel paliada por el estilo. En Carabanchel está el colegio frailuno de Santa Rita, para moços calificados de traviesos: España entera se halla poblada de cárceles clandestinas y de tribunales privados.

Todo esto es aún muy poco. En realidad, son cárceles todos los conventos, los manicomios, los sanatorios, muchos

colegios de internado, los seminarios, los monasterios de trapenses y los beaterios de mujeres.

En esos lugares se recluye por la coacción más o menos moral, más o menos física, al sujeto que les place á sus tutores, padres, familias ó jefes eclesiásticos, y esto con una facilidad asombrosa. Lo difícil para el recluso por la fuerza es salir. Si lo pretende, se encuentra sin medios para expresar su deseo; si logra expresarlo, se le viene encima toda la casa; si al fin puede escapar, todas las autoridades posibles se pondrán de acuerdo para restituirlo á la prisión, como si fuera un prófugo de presidio, sin oírle á él, pero sí á sus carceleros, que indefectiblemente han de tener razón.

Jueces sin toga.

Así, entre tutores, consejos de familia, superiores religiosos, jurisdicciones eclesiásticas y monacales, tribunales de honor y demás autoridades extrañas al derecho moderno y á las leyes resulta que una parte considerable de españoles viven sometidos á buena multitud de fuerzas coercitivas y juzgados por otra de jueces sin toga, ni responsabilidad, ni código, ni jurisdicción real sancionada por la ley. Se puede decir que los jueces ordinarios son ya los que menos juzgan y los menos en número. Les ha sucedido lo que al común: han pasado de ordinarios á rarísimos.

Este es achaque propio y lógico de pueblos decadentes y envilecidos. «En República corruptísima, plurimæ leges.» En un estado corrompido, exceso de leyes, decían los latinos. Sí, exceso de legislación; luego desuso de ella por desprecio y otro exceso: el de juzgadores y castigadores ilegales. La Iglesia, allí donde influye, produce necesariamente este desequilibrio, porque enseña á los pueblos á despreciar y sortear casuísticamente las leyes.

¿Y cuándo ni sobre quién ha ejercido la Iglesia mayor influjo que en España, y sobre la restauración? Esclava ésta del Papado, sigue con servil exactitud su pauta represiva y creadora de privilegios que han de ser superiores á la ley común.

El prejuicio de la restauración, el mismo de la Iglesia, está basado en el principio de la impecabilidad é infalibilidad del que manda y del rico. A todo trance han de aparecer juntos; la única entidad pecable es la multitud, y aun entre dos jerarcas, ha de tener siempre razón el más alto. ¡Oh, el prestigio de la autoridad! Y á eso se llama espíritu conservador, que es el dominante en la restauración, alfonsina de nombre, carlista y eclesiástica de hecho hasta los huesos.

Precisa cortar el mal

Necesitaríamos, ya que no hay, como en la Roma antigua, tribunos de la plebe, una institución de «custodes libertatis», ó titulada: «pro libertate», compuesta de hombres decididos á defenderla y provistos de tribunicias facultades.

No quiere decir esto que debamos desear aquí fundación semejante; pronto acabaría por reducirse á un nuevo honor decorativo y por parecerse á la careada Sociedad Protectora de los ni-

ños, que no sirve absolutamente para nada.

Pero sin duda algo hay que hacer contra ese prejuicio monárquico-católico, en cuya virtud, si se oye un grito en casa de cualquier pobre, ésta se ve invadida, sin auto de juez ni disposición de gobernador ó alcalde, por guardias y policías; pero los clamores angustiosos lanzados por alguien desde un convento, un seminario, un palacio episcopal, un asilo religioso ó morada aristocrática, no bastan, ni tampoco el escándalo en la Prensa, para que una autoridad penetre allí, ejerza su ministerio y procese á quien encuentre en justicia procesable.

El caso de esa joven reclusa en el Sanatorio del Pilar, se repite con sobrada frecuencia en la mayoría de los conventos-colegios. Alguna vez referiré uno muy interesante, de que fué teatro el segundo monasterio de Salesas, calle de San Bernardo y cuya protagonista se vió libre también por obra de su novio, un pobre y honrado joven. Los anales de las Recogidas, de las Adoratrices, de las Trinitarias, de muchos manicomios y colegios, hoteles de salud y aun clínicas especialísimas, darían materia para una obra muy curiosa y á la vez aterradora.

Pero los Gobiernos creen, y seguirán creyendo, impecables á los superiores de esas casas, porque son religiosos y ricos; á los padres, á los tutores, á los médicos... ¡Oh! ¡El principio de autoridad! Hay que robustecerlo...

Precisa pensar y hacer algo contra esta anomalía vergonzosa. ¿El qué? No lo sé en concreto; pero algo. Morimos de empacho de religión, de plétora de moral católica, de indigestión de autoridad, y con tanta autoridad, moral y religión, éste es un país de anarquistas, de inmorales y de ateos.

JOSÉ FERRÁNDIZ

El ideal de los pobres

Una habitación soleada, aireada, limpia... He aquí un placer á que todos los hombres tienen derecho. Cientos de leguas se extienden alrededor de las poblaciones de terrenos incultos, de predios sin labor, de infecundos y tristes arenales. Y los hombres se amontonan en la ciudad en infectas y estrechas viviendas.

Pero cada terreno tiene su dueño, cada casote su impuesto, cada edificación sus enormes trabas. Y se da el caso de que, mientras los propietarios de modestas fincas se arruinan, los trabajadores perecen en manadas en malolientes y ruinosos tugurios. Donde el vivir entre cuatro paredes va pareciendo insoluble problema, no es extraño que la muerte haga estragos y la barbarie tenga prosélitos, y la navaja esté siempre dispuesta á salir de su vaina con relámpagos de odio y vibraciones de flecha.

Una vivienda... todos los animales la tienen. Bajo los altos peñascales en que el águila amontona para su nido briznas y vedijas, juncos y copos, sovea el oso montaraz su cubil. Haciendo perdurable la lamentación bíblica, sólo falta descanso á la sien del hijo del hombre. Nuestros ensueños nos flingen

siempre ese hogar apacible que nunca tendremos, ese rincón amable en que podríamos criar al hijo, escribir el libro, plantar el árbol, los tres perdurables y santos anhelos. Y pensando en estos afanes que no se cumplen, vemos abrirse las grandes vías donde se alzarán suntuosos alcázares que no serán para nosotros, pensando siempre en un sitio apartado, lejano del centro, pero donde nuestros hijos podrían tener aire y luz, y donde, cuando los años avanzaran en despiadado curso; en un manso viento impregnado de aroma, de brotes y cálices; en un rayo de sol vivificador y confortante, que vinieran hasta el viejo sillón patriarcal á subir por el ancho respaldo á enredarse en los blancos y dorados cabellos de nuestra viejecita

LA HUELGA GENERAL

Cuando se habla de huelga general, es preciso comenzar por definir bien el sentido de las palabras. No se trata, entendiéndose bien, de la huelga general de una sola corporación. Por ejemplo, cuando los obreros mineros de toda Francia deciden por mayoría que ha llegado el momento de declararse en huelga para obtener la jornada de ocho horas, una pensión de retiro más elevada y un mínimo de salarios, es una huelga muy importante y se puede llamar la huelga general de los obreros mineros. Pero no es esto lo que entienden por huelga general los que ven en ella el instrumento decisivo de emancipación.

No se trata, según su idea, de un movimiento restringido á una corporación, por muy vasta que sea. Por otra parte, sería pueril decir que no habrá huelga general si la totalidad de los asalariados, en todas las categorías de la producción, no deja simultáneamente el trabajo. La clase obrera está demasiado dispersa para que semejante unanimidad de huelga sea posible y aun concebible.

Pero la palabra huelga general tiene otro sentido, á la vez muy preciso y extenso. Significa que las corporaciones más importantes, las que dominan todo el sistema de la producción, dejarán á la vez el trabajo. Si, por ejemplo, los obreros de los caminos de hierro, los obreros mineros, los obreros de los puertos y de los docks, los obreros metalúrgicos, los obreros de las grandes filaturas y de los grandes telares, los obreros albañiles de las grandes ciudades, parasen simultáneamente, entonces habría verdadera huelga general. Pues para que haya huelga general no es necesario que la totalidad de las corporaciones entren en acción, no es siquiera necesario que en las corporaciones que tomen parte en el movimiento la totalidad de los obreros haga huelga. Basta que las corporaciones en que el poder capitalista está más concentrado, en que el poder obrero está mejor organizado, y que son como el nudo del sistema económico, decidan la suspensión del trabajo y que sean escuchadas por un número de obreros tal que, prácticamente, el trabajo de la corporación sea suspendido.

A la huelga general, así entendida, no se puede objetar ni que es quimérica ni que sería ineficaz.

A medida que se extiende la organización obrera, son más posibles estos movimientos. Y si se producen, pueden ejercer sobre las clases directoras un efecto profundo. No es una corporación la que suspende el trabajo, es todo un conjunto de corporaciones. No es, pues, un movimiento corporativo, es un movimiento de clase. ¿Y cómo un movimiento general de la clase esencialmente productiva, á la cual nada puede suplir, podría dejar de ejercer una acción decisiva?

**

Pero es preciso no equivocarse. No hay que imaginarse que la palabra huelga general tiene una virtud mágica, y que la misma huelga general tiene una eficacia absoluta é incondicional. La huelga general es práctica ó quimérica, útil ó funesta, según las condiciones en que se produzca, el método que emplee y el fin que se proponga.

Hay en mi opinión tres condiciones indispensables para que una huelga general pueda ser útil.

1.^a Es preciso que el objeto por el cual se ha declarado apasione real y profundamente á la clase obrera.

2.^a Es preciso que una gran parte de la opinión esté dispuesta á reconocer la legitimidad de este objeto.

3.^a Es preciso que la huelga general no aparezca como un disfraz de la violencia, y que sea simplemente el ejercicio del derecho legal de huelga, pero más sistemático y más vasto y con un carácter de clase más marcado.

Y sobre todo, es necesario que el total de los obreros organizados conceda un gran valor al objeto por el cual se ha declarado la huelga. Ni las decisiones de los congresos corporativos ni las órdenes de los comités obreros bastarán á arrastrar á la clase obrera en una lucha siempre temible. Para afrontar las privaciones y la miseria y hasta para escapar á las influencias del medio en que se vive, es preciso una gran energía. Esta energía no puede ser suscitada en toda una clase más que por una gran pasión. Y la pasión, á su vez, no se excita en las almas en un grado activo y batallador, sino por un interés á la vez muy grande y muy próximo, por un objeto muy importante y una realización inmediata.

Por ejemplo, se comprende perfectamente que las corporaciones mejor organizadas, las más conscientes, bajo la acción de una propaganda extensa y precisa, lleguen á apasionarse por la jornada de ocho horas, por los retiros para los viejos é inválidos y por el seguro serio y cierto contra el paro.

Se comprende que si los Poderes públicos resisten ó eluden estas mejoras, la clase obrera, en la profundidad de su conciencia, acumule bastante energía y pasión para declarar una grande y perseverante huelga. Entonces lucha por fines elevados y precisos, por reformas extensas, claras é inmediatamente realizables. Entonces, la señal dada por las organizaciones obreras será seguida en el caso contrario, no.

Pero no basta que el proletariado esté realmente animado y apasionado. No basta que obedezca á su propio impulso interior y no á una orden exterior. Es necesario también que haya demostrado á una tracción notable de

la opinión que sus reivindicaciones son legítimas y realizables inmediatamente. Toda huelga general producirá necesariamente un trastorno en las relaciones económicas: contrariará muchas costumbres y alcanzará á muchos intereses. La opinión total del país y hasta la de aquella parte muy importante de los asalariados de todas las clases que no haya entrado en el movimiento, se pronunciará, pues, con fuerza contra los que se hayan hecho responsables de la prolongación del conflicto.

Además, la opinión no hará responsable á la clase capitalista y no se volverá vigorosamente contra ella, sino cuando se le haya demostrado por una propaganda ardiente y substancial la equidad de las reivindicaciones obreras y la posibilidad práctica de satisfacerlas inmediatamente. Entonces se pronunciará contra el egoísmo de los grandes propietarios y contra la rutina ó el egoísmo de los Poderes públicos, y la huelga obtendrá un buen éxito. Al contrario, si la masa indiferente no hubiese sido advertida y en parte conquistada, se pronunciará contra los huelguistas. Y como ninguna fuerza, ni siquiera la revolucionaria, prevalece contra la opinión total del país, la clase obrera sufriría un gran desastre.

JUAN JAURES.

De Extrañi

Los microbios se autan ó matan,
según dice la Ciencia, corriendo los,
y, cadáveres ya en lo que hierve,
de que puedan dañarnos no hay miedo.
Sea en leche, ó en agua, ó en vino,
el hervor recomiendan los médicos...
¡hay que hervir! por lo tanto, á los frailes
y á los curas «coléricos»!

El Génesis desmentido

El hombre más antiguo del mundo no fué Adán, sino el hombre de las Pampas sudamericanas, que vivió hace un millón de años. Sergi lo hace notar así en un artículo basado en el reciente descubrimiento (casi ignorado en Europa) de un esqueleto humano fosilizado entre huesos de animales de especies desaparecidas, acaecido en los terrenos sedimentarios de la época terciaria. El descubrimiento fué hecho en una localidad denominada «La Tigra», gracias al sabio Ameghino.

Primeramente el cráneo fué considerado como artificialmente deformado, según costumbre antigua de los americanos. Por suerte el mismo sabio descubrió en otra localidad, en el mismo terreno terciario, otro esqueleto cuyo cráneo es menos incompleto y cuya cara enteramente conservada tiene caracteres especiales.

El cráneo del *Homo Pampaeus* tiene una longitud enorme, carece de protuberancias óseas y parece el de un macaco americano; le falta casi por completo el desarrollo frontal, pero tiene la parte posterior alta, mientras lateralmente

ofrece el aspecto de un triángulo. Tiene cara grande, mandíbulas fuertes, órbitas como jamás se vieron tan altas y largas en tipos humanos y región nasal amplísima. La mandíbula y el mentón son, en cambio, como los del hombre actual.

«Este es ciertamente, dice Sergi, el tipo humano más antiguo que hasta hoy se ha encontrado en la tierra, y constituye la prueba de que el hombre empezó á vivir junto á los grandes mamíferos de la época terciaria, cuya existencia arranca, como ha demostrado la ciencia, de un millón de años.»

LA "HUELGA" Y EL "BOYCOTT"

Estas dos armas de la lucha moderna por las cuales tan combatido es el pueblo, son invenciones viejas, muy viejas, suprimidas hace siglos por la Santa Iglesia de Dios.

Cuando la Fe era un *sentido fisiológico*, según lo es para algunos, á saber, que sienten más que la *vida real* la vida imaginaria de la Iglesia, ésta inventó cierto número de *necesidades físicas* y el secreto mágico de satisfacerlas, constituyendo un verdadero círculo vital imaginario que encerraba el otro círculo vital real.

De este modo:

El hombre no nace en el arto de nacer, sino en el acto de ser bautizado; en tanto que no lo está, no pertenece al linaje y especie de los *hijos de Dios*, sino que es *hijo* de la raza negra, cornúpica y colifera de los esclavos del diablo. La madre siente más la falta de bautismo del hijo que la muerte física. Al bautizado puede hallarlo luego en el cielo; al no bautizado lo pierde para siempre en el Limbo, especie de cuva de Morisinos donde los niños quedan encantados para siempre sin pena ni gloria.

Después de haber inventado esta *Vida de la Gracia* como muy superior á la otra, inventó una serie de enfermedades de todas clases: virulentas, parasitarias, inflamatorias, gangrenosas, agudas, crónicas, leves, mortales, graves, contundentes, incisivas, etc., llamadas vulgarmente *Pecados*; y á renglón seguido inventó los menjures curativos, los parches de los escapularios, el masaje de las disciplinas, los sinapismos de los cilicios, los sueros de las *unciones*, los específicos del agua bendita, los radio-activos del agnus dei, medallas y cruces; los preservativos de los hábitos, correas, cordones y cinturones, *imaginando* una Patología llamada Teología Moral, cuyos bufetes se llaman confes marios.

Era necesario *conservar y fortalecer* la vida imaginaria. Para ello inventó un *Pan y Vino* celestiales, de su fabricación exclusiva, é hizo del templo un cenador, es decir, un restaurant, en donde se paga por entrar y luego se paga el abono al menú ó á la carta. Al entrar hay un baño simbólico, la pila del agua bendita, que vale más que el agua corriente por estar salada. Dentro hay luz y lum-

bre bendita, la santa lámpara; hay aire bendito y perfumado por el incienso; ya va saliendo el Colmado-Almacén de la Iglesia: aire, agua, sal, fuego, pan y vino; seis elementos vitales tan necesarios para la vida espiritual esa, como para la vida física. Todo ello monopolizado por la Iglesia.

La vida tiene sus fases de *pubertad* y de *virilidad* imaginarias: la Iglesia las imaginó e inventó el secreto para infundirlas. E le secreto es un aceite llamado crisma, cuyo secreto químico pertenece al obispo.

El que quiera poder andar firme en la vida espiritual, debe ser confirmado; el que quiera ser padre espiritual, necesita ser ungido. El que quiera la potencialidad de confirmar y engendrar *padres*, nueva *unción*. Este *crisma* es un secreto poderoso contra todas las enfermedades desesperadas, cosa muy acreditada en la fe de los fieles. El obispo la expende por medio de sus agentes; es la *sant-unción* de los moribundos, que se concede solamente después de ajustar todas las cuentas en el testamento. Al que no pagó religiosamente según el *arancel* del mercado general, diocesano y parroquial, le fastidian; no hay *unción*. Este aceite se ha desacreditado bastante.

Además de todos estos monopolios, se han inventado una porción de específicos reconstituyentes, depurativos, profilácticos y curativos: ciertos *ejercicios* de gran eficacia imaginaria en la gimnasia piadosa.

Una vez metida en el cerebro esta vida como *necesaria de primera necesidad*, preferible a la otra, y cuando las gentes se sentían morir y reventar al faltarles esos medios, la Iglesia inventó el *Entredicho*, ó sea la huelga de dependientes de su comercio y el cierre de sus tiendas.

No hay pan, ni vino, ni aire, ni farmacias, ni médicos, ni bautizos, ni unciones: muerto todo el mundo. Las gentes gritaban, se revolvían, ¡nadí! O sucumbir a pagar el precio tasado, ó reventar. Esto era contra los pueblos.

Y además inventó el *boycott* contra los individuos, ó sea la *excomunión*.

Al excomulgado se le niega el pan, vino, agua, techo, lumbre, sal y aire sagrados, la medicina, la unción y aun la tierra del entierro.

Discurran los diablos socialistas; por mucho que hagan no llegarán a igualar los inventos *divinos* de los industriales teólogos.

RICARDO MAYOL

La emigración prohibida

El Gobierno ha prohibido la emigración al Brasil. No comprendemos la licitud y honestidad de esta medida.

Cuando en España las gentes mueren de tuberculosis, de raquitismo, de anemia y de toda suerte de enfermedades provenientes del pauperismo; cuando no se presenta a vista del ciudadano más que el hambre ó el trabajo explotado en lo económico; en lo político, la arbitrariedad que encierra, proceso y fusilar en lo higiénico, la suciedad, el abandono y la perversa asistencia facultativa; en lo doméstico, el entremetimiento cieri al, que llena de odios el hogar, pone en guerra las familias y corrompe los individuos; en lo social, la omnipotencia del cacique y del favoritismo, y el vasallaje y opresión del simple ciudadano; mientras se ofrece esta situación, negación de la vida física, de la vida social, de la vida civil y de la vida honorífica, no creemos que el Estado pueda prohibir el derecho de los españoles a elegir una *carcel* donde encerrarse y una tumba donde sepultarse, en el Brasil, en Bombay, en el Infierno.

Más lejos de España que los que van al Brasil, y para hallar peor vida y muerte más infame, emigra la doncella seducida para el convento, el jovencillo inducido a hacerse fraile y el mozo impedido a meterse seminarista. Estos emigran más lejos, mucho más lejos, pues se domicilian en el *otro mundo* antipoda absoluto de la Patria, del Trabajo y de la Procreación; «nación» donde se les castra para lo progresivo, se les cortan los brazos para el trabajo y se les inscribe en una bandera excusivista de toda patria, de toda ley y de todo honor. Esta emigración no sólo no se prohíbe, sino que el Estado la subvenciona y enaltece, sin saber hallar en la Higiene, en la Economía, en la Ciencia jurídica, política y moral las razones que la prohíben, y sin saber hallar en la Historia el reguero de devastación que produce.

Conviértase en *faula* la Patria, en donde el nacional se ve despojado de sus derechos, desposeído del pan y acosado por el Hambre, por la Injusticia y por la vara clerical; pero con eso no se cultiva el sentimiento patriótico, antes bien, se le asfixia y mata.

Encorazar la emigración, prevenir la emigración, protegerla y ampararla, no hace falta; pero ¿impedirla? ¿Cómo se va a negar el derecho a morir a gusto a aquél a quien se le niega el derecho de vivir dignamente?

Cuerpo diplomático papal

He aquí el que las naciones sostienen cerca del Vaticano.

Embajadores: de Portugal y de España.

Enviados extraordinarios de naciones europeas: de Rusia, Prusia, Bélgica, Baviera y Austria.

De América no hay embajadores; son enviados extraordinarios los de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Santo Domingo, Haití, Ni-

caragua y el Perú. Méjico no lo tiene.

No tienen embajadores, ni enviados, ni nada, cerca del Vaticano, en Europa: Inglaterra, Alemania, Italia, Holanda, Suecia, Noruega, Dinamarca, Suiza, Turquía y Grecia.

De América del Norte, los Estados Unidos tampoco están representados en el Vaticano; ni el Canadá. De Centro América, ni Cuba ni Puerto Rico.

En Asia, en África y en Oceanía no hay un sólo Estado que mantenga representación cerca del Vaticano.

Luego el Cuerpo diplomático con que éste se pavonea, no pasa de dos embajadores y quince enviados extraordinarios.

Comentarios al Concordato

POR

«CANTAFLARO»

con una semblanza del autor

POR

BLASCO IBÁÑEZ

El autor de este libro, hombre ya muy conocido, redactor de asuntos eclesiásticos en *El Pueblo*, de Valencia; maestro distinguido, orador, teólogo, canonista, escritor galano y caliente, de una energía y el ridad incomparables, es también un especialista en estadísticas y en organización.

La Iglesia, que lo tuvo en seno bastantes años, no supo aprovechar ¿qué digo?, ni conocer sus especiales dotes. Se fijó tan sólo en cierta movilidad activa, incansable, y en la independencia de su carácter, de todo lo cual dedujo que el joven eclesiástico era un «ma a cabeza», dictado peligrosísimo en el clero. Esta fama le ocasionó disgustos y postergaciones que lo exasperaron, y tras infinitas vicisitudes, nuestro hombre, habiendo hecho la carrera del magisterio, no colgó los hábitos, precisamente eso no: lo que hizo fué emanciparse del yugo de los satrapas mirados y lanzarse al periodismo y a la enseñanza.

Hoy dirige un colegio muy afamado, y desde las columnas de *El Pueblo*, dando a los frailes, a los curas y a los neos cada disgusto que canta el gloria, labora enérgica y eficazmente por la revolución religiosa en el reino de Valencia, con su actividad incansable de siempre, ya en el mitin, en el periódico, en públicas conferencias, donde quiera que aparece. Así ha llegado a una popularidad envidiable.

En la materia del libro que acaba de publicar, *Cantaflaro* es un coloso, a quien los gobiernos liberales, y éste de Canalejas singularmente, están irrogando, en perjuicio de ellos y de la libertad, la preterición y la ofensa de no consultarlo, aunque fuera secretamente, para utilizar su larguísima experiencia, sus

profundos conocimientos, su sagacidad y su pericia.

En este libro hay muestras de tan relevantes prendas. Comienza la obra por la inserción del Concordato del 51, aun vigente; puesto que de él se trata, nada más oportuno que ponerlo al lector en las manos.

Después de un *avant propos* muy sugestivo, en diez y ocho capítulos hace *Cantaclaro* el estudio profundo, detallado, ilustradísimo y ameno, á más no poder, del dichoso Concordato.

Infinitas referencias, historietas, anécdotas, sucesidos, semblanzas, datos históricos y estadísticos, ideas ingeniosísimas, gracejos, comparaciones, fechas y números, esmaltan las brillantes páginas de este libro, en las que, con un estilo viril, caluroso y á la vez atildado y artístico, dilucida y evidencia esta su tesis. El Concordato vigente ya no sirve para nada bueno y está pidiendo que lo anulen; además, es ilegal *in-radicis* y contiene una proposición herética, esta: que la religión católica, con exclusión de otro culto, *se conservará siempre* en los dominios de España.

Las fisonomías de Monescillo, de Costa y Borrás, el autor del Concordato, y de algunos otros personajes, breves son, rápidas pinceladas, pero deliciosas. He aquí un juicio sobre los apóstoles, sahotes padres y doctores: «No encuentro razonable admitir sin discusión que la Divinidad haya elegido como el mejor de los vehículos, único medio de promulgar sus leyes, á una legión de astrosos iluminados, ignorantes, embusteros, sodomitas é incestuosos, ladrones y adúlteros, miserables, encanallados, como fueron casi todos los patriarcas y profetas, algunos apóstoles y muchísimos papas...»

¡Feliz idea la de insertar la estadística monacal de 1837, cuando se decretó la expulsión, y la aplastante y abrumadora de 1910, en el nomenclátor que cierra este precioso libro, dedicado á don José Nakens!

Nota bene: por una peseta se vende en todas las buenas librerías, editado por la Casa Sempere, de Valencia.

JOSÉ FERRÁNDIZ

Periodistas en la cárcel

Han sido presos en Las Palmas (Canarias) dos periodistas: los señores Dorecetes y González Padrón director el uno y dibujante el otro del periódico *La Caricatura*.

¿Porqué? Por haber protestado contra un acuerdo de aquel Municipio, merced al cual se corripaban, y á precio altísimo, muchos millones de terreno que pertenecen... ¡al Municipio!

El proceso se ha incoado por los siguientes delitos, relatados en un auto del juez de instrucción de Las Palmas, que dice así:

«Las Palmas, 12 de Agosto de 1910. — Resultando que el ilustrísimo Sr. fiscal

de esta Audiencia denunció á este Juzgado los números 47 y 48 del periódico que ve la luz en esta población bajo el nombre de «La Caricatura», por publicarse en ellos caricaturas alusivas al alcalde de la presente ciudad, altamente ofensivas é injuriosas, que tienden á desacreditar y menospreciar á dicha autoridad, deshonorándola públicamente, cual aparece en la primera de las caricaturas, echando de comer á tres palomas, en forma ridícula y grotesca, cuya comida consiste en granos en forma de numerario ó cantidades; en la segunda, el propio alcalde como carcelero de los dos periodistas detenidos por el presente sumario y presos que fueron en virtud de otro sumario por injurias al propio alcalde; y en la tercera este mismo guiando varios animales, cuyas cabezas representan á personas conocidas de esta población, y en el periódico del 6 del actual se representa al repetido alcalde como ridículo payaso, bailando en cuerda floja...»

Por el criterio de ese juez, no podría publicarse ningún periódico en España.

El desbarajuste político, religioso y administrativo producen males sin cuento á esta nación desventurada, pero ninguno tanto como el que impera en la administración de justicia. Y apenas nadie se ocupa de él, á pesar de hallarnos todos convencidos de que, mientras éste no se remedia, será inútil cuanto se haga porque desaparezcan aquéllos.

Si la minoría republicana tomara esta labor por su cuenta en las Cortes, podría evanecerse de hader hecho más que nadie por la regeneración de España.

Los neos de San Andrés

Ayer mañana, (Domingo) la plaza de la Iglesia de San Andrés de Palomar ofrecía inusitado aspecto. Nunca se vió tan concurrida. Patrullaban por la plaza y calles vecinas algunas parejas de seguridad velando por la conservación del orden. Todo, porque á unos cuantos jóvenes radicales, afanosos de proselitismo, se les ocurre todos los domingos repartir «Hojitas piadosas» de las editadas por Nakens, á la puerta de la iglesia, sin molestar á nadie, sin profesar ni siquiera una frase mortificante, con la serenidad del que cumple un deber.

De pronto, confundidos entre la gente que salía de misa, se destacan cinco ó seis carlistas, arrójanse sobre un repartidor de las hojitas, le arrebatán éstas y á toda prisa vuelven á entrar en la iglesia. El público, indignado, protestó de la brutalidad carlista, la policía quiso correr tras los atropelladores... pero el sagrado del templo les detuvo y el hecho quedó impune.

En este se había formado un grupo de más de cuatrocientas personas comentando lo sucedido, cuando de improviso aparece en las gradas de la iglesia el párroco, con la cabeza descubierta. Dando pruebas de su mala educación, comenzó á manotear y á dar gritos, bramidos y ceces. A tanto llegó su osadía que el jefe de la fuerza de seguridad vióse obligado á llamar la

atención del cura, retirándose éste después de haberse desahogado.

La salida del cura dió lugar á que algunos de los paseantes de la plaza vinieran á las manos. Hubo palos y bofetadas, terminando con la detención de tres individuos, dos de ellos carlistas, pues os más tarde en libertad gracias á la influencia de un sujeto apodado «Cartassa», y el restante radical, que continúa preso á pesar de las gestiones realizadas por el Sr. Sans Cabré, que no tuvo, por lo visto, tantas simpatías como el «Carbasa».

Este ensobrecimiento de los clericales da medida del ambiente. Se creen los dueños y por eso lo atropellan todo.

Nosotros aconsejamos á los amigos de San Andrés que, contando con el apoyo de los de Barcelona, impongan su derecho. ¿Coarta nadie el de los clericales que reparten hojas y venden periódicos á la puerta y en el interior de las iglesias sin que sean molestados?

El Progreso.

Barcelona.

Acracia eclesiástica

Ninguna sociedad ha hablado tanto á los pueblos de sumisión y obediencia como la Iglesia, y ninguna como ella ha violado y despreciado más estos consejos y preceptos en todos los tiempos.

Desde los del cristianismo, comenzando por el Evangelio y las epístolas de San Pablo, hasta terminar en el último escribiente de curia eclesiástica, sólo oiremos por doquier: respeto, acatamiento á la autoridad. Pero en el momento que el poder civil roza al más leve privilegio clerical sale á relucir el decantado «non possumus», y se oculta en lo más profundo del arca de las teorías cristianas aquella otra frase tan olvidada: «El que resiste al poder resiste á la disposición divina». Ahí están las frases de las juntas católicas de Vizcaya corroborando este aserto; las invectivas de la prensa clerical contra Canalejas, al que se le llama Nerón, y al que se amenaza, unas veces clara, otras solapadamente, como se ha visto en los últimos mítins carlo vaticanistas de estos días, y todo proferido por aquellos que se escandalizaron por las frases de Pablo Iglesias y Soriano en el Congreso.

Cuando la Iglesia creyó útil la autoridad de los reyes y príncipes para su desarrollo y progreso, la encomió y elevó tanto, que la divinizó, haciéndola partir directamente de Dios y transformando al príncipe en un representante genuino y visible de la divinidad en la tierra. Pero cuando los reyes, recelosos de su poder gigantesco: la vieron invadir las esferas de sus atribuciones, y temiendo ser arrastrados en su corriente la opusieron diques y rémoras, entonces la Iglesia los llamó «tiranos» y declaró lícita su muerte y exterminio, desvirtuando su autoridad y anulando su acatamiento.

De ahí nacieron las excomuniones regias de la Edad Media, la dispensa del juramento de fidelidad hecho al príncipe por el pueblo y la legitimación de las expoliaciones ejecutadas con los príncipes hostiles á la Iglesia. De aquí á sancionar el regicidio y la rebelión no había más que un paso, y ese paso

se dió. Por eso pudieron tranquilamente los jesuitas Manuel Sa, Mariana, y otros sentar las siguientes proposiciones:

«Un clérigo puede rebelarse contra su rey sin cometer delito alguno, porque el eclesiástico no es súbdito del rey.»

«Es lícito á los pueblos matar á los reyes y príncipes «en ciertos casos.»

Y es que el diabólico «non serviam» repercute todavía en el seno de la Iglesia. Vivir dentro de un estado utilizando sus ventajas y rechazando sus mandatos es cosa que hasta ahora sólo ha sabido realizarla la Iglesia, que, parapetada tras su origen divino, sólo usufructúa las ventajas y rechaza todos los inconvenientes terrenales.

La Iglesia, predicadora eterna del orden y el respeto, lleva dentro de sí los gérmenes más progresivos de anarquía y su funcionamiento va marcado con los matices de una verdadera acriacia práctica. La Iglesia, dentro de los pueblos, es un elemento de perturbación, esclavo de un motor extranjero que regula su marcha y avanza según acomoda á sus fines; es una violadora constante de las leyes civiles, que conculca y desprecia por considerarse infinitamente superior á toda sociedad civil.

La presente actitud de rebeldía del Vaticano y de los elementos que de él toman consigna en las cuestiones que ellos llaman «religiosas» y sólo son «clericales», los manejos de su diplomacia artera, las interpretaciones capciosas que da á sus tratados con los gobiernos y las mil artimañas que pone en juego para eludir las leyes y continuar siempre en el ejercicio de su intangible independencia, indican que la Iglesia no reconoce más autoridad que la suya y que se propone pulverizar todas las disposiciones autoritarias y gubernativas que no irradian de su seno y que no lleven su visto bueno.

Si la anarquía es considerada por muchos como utopía, ya ven cómo hipócritamente la practica la Iglesia, sacudiendo todo yugo y destrozando sin ruido todos los decretos del Estado. Murieron por incumplimiento los decretos de González, murieron los de Moret y morirán todos los de Canalejas; y si no, al tiempo. ¿Por qué? Porque la Iglesia está imbuida en principios ácratas en todo lo que se refiere á la autoridad del Estado, al cual no reconoce por dueño ni señor; por eso no acata sus preceptos, se ríe de sus decretos y se revuelve airada contra todos aquellos que quieren encerrarla dentro del círculo que le pertenece.

El que dude de esto, que escuche los sermones del día y verá cómo salen de los pulpitos las instituciones, el presidente del Consejo y toda autoridad civil.

Díganme si una sociedad como la Iglesia, viviendo de la savia del Estado, anulando todos sus conatos de autoridad y rechazando todas sus órdenes, no es un foco perenne de anarquía colocada en el seno de los pueblos. Anarquía tanto más odiosa cuanto más quiere encubrir su medroso personal con el hipócrita manto de celestiales ansias y religión inmaculada. Si la Iglesia rechaza al Estado, el Estado debe rechazar á la Iglesia, y colocar entre ambos, no la valla de papel de una ruptura di-

plomática, sino un abismo infranqueable.

Porque la acriacia eclesiástica es mil veces más temible que la social; porque, no sólo falsea el corazón, sino que emponzoña los espíritus y los mata.

FRAY GERUNDIO

Timo inocente

En Murcia se publica mensualmente un *Boletín* de dos hojas, chicas como las de las *Hojitas piadosas* de El Motín, con el exclusivo objeto de sacar cuartos á los tontos: Se titula *Lourdes*.

Y para que se vea á qué medios apelan para cazar codornices sencillas, bastará decir que en el número 99 se lee que un cura de Tuy ha dado una peseta para el asilo de que se titula eco, y otro de Cádiz cinco.

A cualquiera le hace creer *El Boletín* que los curas contribuyen á fomentar esas socaínas que conocen, porque las practican.

No hay charlatan curandero que tome las drogas que expende y cuyas virtudes predica.

Excite *El Boletín* por otros medios la generosidad de los fieles, pues ese no cuela.

Los curas dan varias cosas: escándalos, disgustos, puñaladas, tiros...

¿Pero dinero? Nunca.

¿Y para cosas de Iglesia? Menos.

La mujer no necesita religión

Los liberales son propensos á descuidar enormemente los deberes que les incumben en cuanto á sustraer á sus mujeres y sus hijas á la influencia religiosa y clerical. Pagan así tributo al concepto vulgar de que un poco de religión es buena para la mujer, en lo que hacen poco favor á las convicciones morales de ésta; como que equivale esa doctrina á entender que la noción de moralidad en el sexo femenino está prendida con alfileres y se reduce á nada si no se la apunala con un poco de fanatismo ó de superstición.

De esa costumbre, tan poco lisonjera para las damas, toma gran pie la Iglesia para utilizar á la mujer como el más eficaz cimiento de su supervivencia; pues si no fuera por ella, tiempo hace ya que el catolicismo estaría muerto y enterrado.

La religión y la piedad son impotentes para ahogar ciertos impulsos cuando la animalidad ó la inmoralidad predominan en el organismo físico ó en la textura mental.

Con el mismo desparpajo levanta la falda y enseña la pantorrilla la señorita ligera de cascos, por más educada que haya sido en religiosos establecimientos y por mucho que vaya á misa los domingos y de vez en cuando á confesar sus pecados, que la vendedora de placeres que se ríe del pudor y de la decencia.

Nos sabemos que haya diferencia, puestas en una balanza en que el fiel sea la rigidez puritana en punto á decoro, en-

tre la católica dama *distinguida* que, entre gestos y miradas provocativas, en suntuoso baile exhibe en amplios detalles la turgencia de un seno abundante y la línea incitante de su cadera, y la *chanteuse* de casino que acentúa y puntualiza sus *couplets*, salpimentándolos con puntapiés y contorsiones que hacen caer la baba á los viejos verdes.

¿Qué diferencia moral hay entre la monja que se califica esposa del Señor, y que, en tal calidad, vive en éxtasis y arrobamientos cuya descripción, hecha por algunas de ellas en famosos libros y en candentes versos, deja incoloras las páginas del marqués de Sade, y los desplantes y descocamientos de las parroquianas ó reclusas de las casas registradas en los libros de la policía?

No es, pues, la religión, ni sobre todo la piedad supersticiosa, lo que enfrena las malas pasiones: es la noción de moralidad fuertemente anclada en la inteligencia, es la conciencia clara del valor de la virtud y de su superioridad sobre la relajación de las costumbres.

Lo que consolida la noción y la práctica de la moral, no es la doctrina religiosa, casi nunca comprendida y casi siempre puesta en ejercicio por la sola fuerza de la costumbre y de la imitación. El ejemplo de la conducta honrada y el conocimiento ilustrado de las ventajas y de los goces de la vida virtuosa y digna, son los verdaderos frenos que contienen la impetuosidad de las malas pasiones.

Notorio es que cuanto más sólida y profunda es la ilustración de las personas, tanto menos necesitan de religión para conducirse bien. Entre los sabios está el mayor núcleo de los indiferentes y de los escépticos en materia religiosa, lo cual no es óbice para que sean tan acreedores al respeto y á la estimación como los creyentes más recalcitrantes.

De igual manera, es un error creer que las mujeres no pueden ser dignas si no son beatas. Hasta más mérito hay en mostrarse virtuosas siendo descreídas, que en practicar la virtud por temor á los castigos y á las venganzas de la divinidad. Esta moral es de puro cálculo y de interés egoísta, en tanto que la primera es de convicción desinteresada.

Den los librepensadores en su hogar y en el comercio social el ejemplo constante de la dignidad de la conducta y de la elevación de su criterio moral, y ríanse de la pretendida necesidad de fanatismos y de supersticiones pueriles para enfrenar los impulsos pecaminosos de sus esposas, de sus hijas ó de sus hermanas.

Nutran de una manera sólida la inteligencia de éstas, fortifiquen en ellas la conciencia del bien y del decoro, y verán cómo observarán una conducta irreprochable aunque no vayan á misa ni sean ciego instrumento del sacerdote embaucador.

Me llamarás incrédulo y ateo,
pero sé que te tratas con el cura,
y aunque blasones de inocente y pura,
por más que me lo jures, no lo creo.

Las religiones y en particular la católica, son la máquina neumática del bolsillo de los tontos; le forma el vacío.

EL SILLONISMO

Me dedicaba entonces á hacer estudios comparativos de la vida religiosa entre España y Francia, entre judíos, protestantes y católicos. Aunque París no es Francia, ni sus protestantes son todos los protestantes, ni sus judíos son todos los judíos, sus sinagogas, capillas y templos algo habían de tener de genuino, de clásico y de esencial de estas supersticiones religiosas, y algún rasgo fisonómico propio de la raza religiosa y común á todos los individuos.

Como puntos de estudio del catolicismo tomé Santa Clotilde, Saint-Germain-des-Prés, San Sulpicio y la capilla de la casa-matriz de las Hijas de la Caridad, en la Rue du Bac.

La iglesia de Saint-Germain me interesaba además por su larga historia, llena de curiosas anécdotas, y á la sazón me atraía por estar estudiando además la época en que Prevost d'Exiles había sido predicador de aquella parroquia.

Los domingos por la mañana fijaban la atención del público transeunte unos cuantos jóvenes, devotos á simple vista y á simple vista también nada gazmoneos y nada maricas, es decir, faltábales ese «quid» especial, ese sello mojigato y femenino característico de los congregantes jesuitas.

Esos jóvenes brindaban á los fieles y al público por diez céntimos el periódico órgano de «Le Sillon» (El Surco), título simbólico de la acción religiosa que habían emprendido en Francia.

En los rostros de estos jóvenes se veía brillar la convicción profunda, tranquila y paciente; en su porte no había rastro de la «pose» y amaneramiento del orgullo del clérigo, ni de la femenina vanidad del «luis» de estudiados gestos, ni de la risilla medio imbécil, medio mujeril, propias del jesuitante.

Eran hombres de noble aspecto, de ademán hombruno; ni lamerones como los protestantes, ni huraños como el enfrailado, ni zalameros como el mariano.

Eran hombres de semblante y hacer corriente y sencillo. Y ofrecían el periódico con cierta cosa, como si quisieran convertir el papel en imán que atrajese la mano del transeunte, poseídos perfectamente de que al ofrecerlo ofrecían algo sólido, algo beneficioso para el lector.

Si el transeunte pasaba de largo que daban como entristecidos, como derrotados, como confundidos ante sí mismos. Si se les tomaba el periódico no podían ocultar su alegría; parecían ver un satélite en ciernes; ¡tan seguros estaban ellos de la solidez de sus doctrinas!, ¡tan firmes y eficaces creían sus argumentos!

En fin; que el conjunto de todo aquello revelaba un intenso sentido de honradez como pocas veces he visto, y una convicción atractiva, respetable y majestuosa á causa de su misma sencillez.

No pocas veces paréme en la esquina del bulevar á contemplar este espectáculo, para mí totalmente nuevo. Esto no ocurría en España.

Esos mozos de veinte á treinta años no eran señoritiles de esos que en las calamidades católicas toman el cargo de

revolvedores para hacerse ver y para lucir sus corbatas y sus peinados; no eran sacristanes asalariados; eran estudiantes de todas las carreras, dependientes de toda suerte de comercios, obreros de todos los oficios.

Eran los «sillonistas».

Es decir: eran los católicos tales como yo los había soñado allá por los años de 1890 á 1900 al preparar y emprender la campaña llamada de «El Urbión», á saber: católicos de verdadera religiosidad, de espíritu abierto, de frente levantada sin engreimiento, de pecho decidido sin fanatismo, predicadores de un catolicismo cristiano y no del cristianismo católico, constituido sobre estas máximas: rezar menos y trabajar más; hacer más y hablar menos; estudiar menos lo que se debe creer y más lo que se debe amar; redimir á los hombres amándoles y no quemándoles; vencer los enemigos con obras y no con palabras; más afición á las obras de misericordia y menos pasión por los sacramentos; más afán por vestirse de virtudes y menos por adornarse de rosarios; más atenderse á la santificación de sí mismo y menos furor por santificar á los demás; más predicar con el ejemplo y menos alborotar con bravatas; más solidez y menos boato; menos ruido y más nueces; más religión en el corazón y menos en los labios; más cristianos y menos clérigos; más religiosos y menos frailes; más caridad y menos fe; más realidad y menos comedia; más sacrificio y menos ceremonia; más Jesús y menos Cristo; más vida y menos muerte.

Leí con interés los primeros números del periódico, y vi que en Francia estaban realizando con el título de «Sillonismo» lo que en España llamamos por azar «Urbionismo», dejando bizantinismos ridículos y especulaciones necias para consagrar el cerebro y la actividad á buscar la manera de que la fuerza moral, doctrinal y material que aterraba al catolicismo pasase á ser auxilio, ayuda y cooperadora de la sociedad moderna en sus grandes empresas de transformación de la vida humana en los diversos órdenes de lucha palpitante, en vez de ser rémora, lastre y obstáculo de los pueblos.

Estas ideas estaban entonces mal definidas en mi propio cerebro; estaban, sin embargo, obrando íntimamente en esa especie de sensibilidad espiritual en que las ideas no han adquirido formas ni razones lógicas; barruntos, presentimientos, estímulos..., no sé qué; cosas que quizás no tengan todavía nombre en el diccionario.

Necio de mí, yo ignoraba que este programa y objeto, únicos que me parecían posibles en el recto cristianismo y dignos del sacrificio de mi trabajo y de mi vida; ignoraba que estos eran precisamente los que podríamos llamar «dogmas fundamentales» excluidos de la Iglesia por los autoridades, no con palabras y condenaciones formales que asustarían á las gentes y harían manifiesta la apostasía de la autoridad eclesiástica de todo principio sano y cristiano, sino condenados por cierto convenio secreto ultramasónico entre el Papa, obispos y gerentes de las cosas de la Iglesia, convenio cuyas cláusulas es inútil buscar en los textos públicos de Encíclicas y Pastorales, y aun de conversaciones francas, sino que se ha-

lla en ese lenguaje cifrado é inarticulado en usanza entre perillanes que se conocen y no quieren descubrirse, pero que desde luego se entienden perfectamente en la verificación de sus planes criminosos, jugando á quién puede aparentar más moral y corrección en las palabras y formas, y á quién puede realizar más astutamente el crimen en el fondo de sus acciones tortuosas y de su lenguaje político.

Así es que al enarbolar nosotros tal bandera nos encontramos desde luego con el furor jesuita-episcopal y de todos los iniciados en el secreto mercantil de la Iglesia. Nos odiaban de muerte, pero no nos condenaban, porque al condenarnos á nosotros se habrían descubierto ellos á sí mismos, dejando visible ese convenio criminal y satánico.

No pudiendo condenarnos de frente, jesuitas y obispos se agazaparon en las «esperas» de sus oficinas curialescas y nos atacaron por los flancos; inútil fué provocarlos á la cuestión «fundamental» y «única real»; se hicieron fuertes en el «pretexto» por ellos inventado; fingieron, enredaron, se confabularon, intrigaron, enredaron las autoridades judiciales, políticas y militares; se sirvieron de ellas como de instrumento ciego é inconsciente; pusieron en movimiento las más altas influencias de la nación y del Vaticano; se nos llenó de atropellos en todos los órdenes... y el «Urbionismo» quedó vencido gracias al partido y prensa liberales monárquicas, y gracias á que los partidos avanzados carecían de organización política y no podían contener los atropellos.

De los «urbionistas» que dieron la cara se hizo una verdadera carnicería, así en frailes como en simples curas, como en los seglares, como en las mujeres, como en las señoritas y seminaristas. Algún día exhibiré al público la galería de las víctimas, cuyos verdugos duermen sueño injusto no merecido.

Al ver, pues, la coincidencia entre el «Urbionismo» y el «Sillonismo», no pude menos de decirme:

—Es inútil que os llaméis «católicos»; espiritualmente sois ya abominados del Papa, frailes y obispos, que entre otros robos han robado y usurpado el título de Iglesia católica. No se os condena públicamente, porque «no sois españoles» y sois franceses, y en Francia no hay gobernadores, ni fiscales, ni generales que se presten al juego jesuita episcopal; sois franceses y ahora al Papa no le conviene crearse nuevos enemigos en Francia; os llegará vuestra hora... El Papa os acecha agazapado... se os condenará, no por lo que sois, sino por lo que ellos os imputarán en sus invecitivas...

Y vendrá un día en que el Papa dirá que el «Sillonismo» no es católico, como lo dijo del «Urbionismo», y os vereis obligados á renegar del catolicismo, ó á encararos con el Papa para decirle:

—Quien no es católico eres tú: tú no eres católico, sino tirano, corruptor, calumniador, usurpador, explotador y difamador del catolicismo. Tú ni los tuyos sois la Iglesia, sino los explotadores, falsos apoderados y traidores gerentes de la Iglesia. Tú no eres cristiano ni vicario de Cristo, sino esquilador de los cristianos y usurpador y malversador

de la herencia de los vicarios de Cristo. Tú no eres religioso, sino peste de la religión, podredumbre de la religión, pus de la religión, gangrena de la religión, cáncer de la religión, y escarnio y mueca de Dios.

Y ha llegado la hora. El Papa acaba de condenar el Sillonismo, como condenó al Modernismo, como condenó al Urbionismo, al «unionismo» de Sohell, al americanismo...

Pero ¿cuándo se levantará alguien á condenar al Papa, y á excomulgarle y lanzarle á El de la Iglesia, á procesarle por hereje, por cismático, por impío y por escandaloso; á incapacitarle para la guerra eclesiástica y á exigirle cuentas á él y á su cueva de cardenales, de las cuentas de la Iglesia?

¿No se reunirán todos los «condenados» injustamente para constituir un tribunal extraordinario y sentenciar al injusto condenador? ¿No habrá una revolución religiosa contra estas autoridades corrompidas, indignas y destructoras de todo el patrimonio moral y material de la Iglesia histórica? ¿Se dejará en paz á los lobos hasta que hayan desollado la última oveja?

S. PEY ORDEIX

Tiros en el Vaticano

En la basílica de San Pedro se desarrolló el día 28 del pasado una escena altamente simpática, aunque desgraciadamente los resultados no respondieron á las halagüeñas esperanzas que despertó.

Un anciano sacerdote, á quien se le habían retirado las licencias, aguardó en el templo al canónico monseñor Faberí, y cuando le tuvo á su alcance, le disparó tres tiros de revolver.

En el templo se produjo el consiguiente pánico, y detenido el autor de los disparos, declaró que sólo había querido llamar la atención de las autoridades eclesiásticas y del público sobre la injusta persecución de que es objeto por parte de monseñor Faberí, secretario del cardenal vicario que gobierna la diócesis de Roma.

¡A tiros en un templo! ¡Y nada menos que en el de San Pedro de Roma!

Si el Espíritu Santo había bajado aquel día á inspirar alguna idea importante al Papa ¡con cuanta prisa emprendería el vuelo hacia las alturas!

¿Y por qué los tiros? Por persecuciones injustas, por crueldades consuetudinarias, por algo que se aparta del precepto: «amaos unos á otros.»

¿Si resultará al fin y al cabo que el Vaticano sólo es una casa de vecindad grande, con patios y corredores?

Piensa y trabaja (1)

Himno á la vida.

Los niños que acariciados por el sol autumnal jugaban en el jardín, fueron

(1) Véase el artículo «Cree y ora».

interrumpidos en sus expansiones por la voz del padre, que les requería para la lección diaria que, como todas, sería breve y provechosa. Venid y escuchad.

Escuchad, que el anciano mentor llega y va á hablaros.

Rapaces: avivad el fuego, prended los sarmientos, moved el rescoldo y oid luego. Poned atención en todas las frases que de labios del anciano salgan.

—Ese viejo—dijo el padre á sus hijos, recomendándole una vez más—que véis sentado junto al lar, tuvo fuerzas y conserva inteligencia energías y talentos que al trabajo consagró y que el trabajo premió otorgándole bienestar, dicha y longevidad.

El anciano, en tanto, se acarició la barba albina, se atusó la crenecha, que á manera de corona circundaba su venerable cabeza calva, arrimóse al fuego cuando los sarmientos principiaron á crepitar mordidos por azulinas y bermejas llamas, y comenzó después su concisa plática:

—Hijos, trabajad. La tiranía del trabajo, si tiranía puede llamarse al deber de prestar nuestro concurso á la labor humana, es la única que no degrada á quien la acata.

Hizo una pausa; después continuó emitiendo nuevos conceptos.

—No confundáis nunca, queridos míos, el trabajo de bestia, que abruma y no dignifica, con la labor consciente, útil y práctica, que tonifica los músculos, siembra ideas y retiene al paria. ¡Oh, no! jamás caigáis en esta aberración. Trabajad, trabajad con fe, con ahínco, con entusiasmo; vuestro será el triunfo, pero no prostituyáis vuestra faena enriqueciendo con ella á los necios y á los impotentes. No os derrenqueís sustituyendo á la bestia; esforzaos ayudando al hombre; con el propio sudor labraréis vuestra dicha, con vuestros manos llevaréis la fortuna al hogar, con vuestro intelecto arrancaréis el aplauso de los demás y dignificaréis vuestra raza. «Labor omnia vinci.»

«Que vuestros hijos, al contemplar vuestra obra, digan con orgullo: Esto hizo mi padre; pero que no tengan que exclamar avergonzados: ¡Esto le hicieron hacer á mi pobre padre!»

«Como la filosofía temple el ánimo y fortifica el espíritu, así el trabajo que no abruma conserva pulquérrima la conciencia, ágiles los músculos, sano el corazón y regocijado el espíritu.

«Trabajad, trabajad mientras podáis; y cuando las fuerzas sean nulas y los años os pesen, solazaos recordando lo que hicisteis, contemplad vuestra obra con el contento que yo contemplo la mía, la mía, queridos niños, que fué provechosa para mí y útil para los demás. Hice siempre el bien y recogí el fruto; por eso es mi vejez tranquila, por que fué mi madurez y, sobre todo, mi juventud, útil al prójimo; el prójimo me ama y mi conciencia me aplaude; ¡qué hermoso es, amados discípulos, saber que no inútilmente hemos pasado por el mundo!»

Tal dijo el anciano, que requiriendo el báculo y despidiéndose cortés del dueño de la quinta, hacia la suya, no muy distante, se encaminó con paso seguro.

Sus espaldas rebeldes, que hacia la tierra se inclinaban, no podían evitar que el viejo caminara con la cabeza erguida y la faz radiante, enviando mira-

das rebosantes de ternura á la Naturaleza toda, amor de sus amores.

Allá va el símbolo de la vida, el portador de la alegría; allá va el campeón del trabajo; reverenciadle mientras pasa y recordadle con amor.

Luchó y venció. Fué hombre.

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ
Arévalo.

CÓMO SE PREPARA LA GUERRA CIVIL

LOURDES

centro de conspiración del carlismo

La Depeche del 30 publica un artículo titulado «Del milagro á la conspiración», firmado por M. H. Monín. La Depeche es un periódico de seriedad probada.

He aquí el artículo:

«Lourdes, esta tierra santa á la cual la República no se ha atrevido á tocar, no ve acabadas sus milagrosas curaciones. Estas brotan y crecen, registradas por las «Semanas religiosas» y por los grandes portavoces del clericalismo. Acuden á postrarse ante la Virgen pirenaica multitud de peregrinos, sin contar entre ellos á los voluntarios portadores de camillas y literas y á otros buenos mozos que nada tienen de liados.

¿Dónde va el dinero? Seguro es que no va al obispado de Tarbes, porque los sacerdotes y servidores eclesiásticos de esta diócesis dan á entender por su aspecto la miseria en que viven. Tampoco va á Roma. Se utiliza allí mismo para las intrigas romanas. Lourdes es la caja del carlismo.

Las últimas noticias hacen saber que desde Italia el partido negro encaminaba sus peregrinos y sus caballeros hacia Lourdes, así como hacia la frontera española; pero gracias al cólera, el gobierno francés ha podido declarar que esta cruzada por ferrocarril no traspasaría nuestra frontera, medida sanitaria muy acertada por todos conceptos. Pero como hasta ahora España está libre de la epidemia, no hay ningún medio legal, ningún pretexto para impedir que vengan los carlistas á conspirar en nuestro territorio.

Con el pretexto de la peregrinación, Vizcaya, Navarra, Asturias y Galicia, ocupadas militarmente y vigiladas de cerca, destacan sus avanzadas. Y esto ocurre hace ya cerca de dos meses.

El 18 de Julio último el capellán de honor de D. Jaime, el reverendo padre Espinós, que reside en Lourdes desde el advenimiento al trono de Alfonso XIII, celebró una misa de aniversario, en el primero de la muerte de don Carlos.

Este acto religioso ha ayudado á los legitimistas franceses—más numerosos de lo que se piensa,—que no aceptan á Felipe VIII, á coligarse con los carlistas españoles.

Para demostrar que para los complotos romanos y carlistas no hay Pirineos, un desterrado español, Miguel de la Torre, ha fundado una agencia de viajes y peregrinaciones, que al mismo tiempo recluta clientes para Lourdes y

voluntarios para D. Jaime. Esta agencia tiene su correspondiente periódico que lleva por título «La Carabana». Como el príncipe de Valori en «El Derecho Monárquico», el señor de la Torre defiende la causa de su rey y señor. ¿No autoriza la ley francesa todas las opiniones, todas las discusiones políticas?

Sin duda ninguna; pero no sé yo que autorice que bajo la doble capa de la superstición y de la libertad de la prensa se haga una verdadera movilización y una concentración de fuerzas y de recursos amenazadores.

«Aunque no existiese la monarquía española, ni existiese la rama legítima de D. Carlos, ha escrito el príncipe de Valori, los españoles del Norte seguirían siendo carlistas. Son los guardadores, por herencia, del fuego sagrado, del fuego de la religión, así como de las libertades y fueros de su patria.

Sus adversarios han apelado al extranjero para que les ayudase. Más aún: ellos solicitaron un Hohenzoller, y luego aceptaron un príncipe de la casa de Saboya. Y la cuestión es puramente española: ha de ser decidida por los españoles. ¿Pero no fué solucionada por las Cortes de 1830 y por la Constitución de 1876? Los carlistas responden: que si cada soberano ó cada soberana pudiesen apelar á las Cortes, con respecto á un hijo ó una hija que no fuesen de su agrado, sería mejor proclamar el reinado de la anarquía. Para esto no hay ninguna necesidad de una dinastía. La realeza legítima carlista ó la República Nada de términos medios. Y la República es la negación del catolicismo, la negación de España. «Cuanto más español—dice el proverbio,—más católico, y cuanto más católico, se es más español.» D. Jaime que no se separa de la Virgen del Pilar ni de la bandera roja y amarilla, es, por tinto, el rey—in tiara, el rey por excelencia.

El actual Pontífice Pío X ha bendecido en la persona de D. Jaime al príncipe predestinado, elegido por la Providencia.

No es que la Santa Sede se atenga á la ley sálica, al derecho de masculinidad. La historia del primero de nuestros Borbones es testimonio bastante para demostrar lo contrario, y esto basta á retratar la mentalidad española.

Es un hecho positivo que la reina madre y los educadores de Alfonso XIII le dejaron ignorar el atentado de Ravallac. Fué en el castillo ancestral, hoy Museo de Pau, donde se enteró de aquél con ocasión de su primer viaje al extranjero.

El prefecto del departamento le hizo pasar rápidamente por delante de un cuadro, en que estaba representada la monstruosa hazaña del fanatismo católico, con el fin de evitarle un recuerdo penoso. Pero el Rey volvió atrás; hizo preguntas y más preguntas, un tanto avergonzado y sobre todo furioso por su singular ignorancia. Fué preciso contárselo todo. «Hoy—dijo un testigo—Su Majestad Católica ha aprendido algo.»

El Rey sabe, y no puede ignorarlo, que nunca será bastante católico para Roma si no firma su abdicación.

Y, hoy por hoy, no parece hallarse dispuesto á firmarla.

Todo eso es cierto indudablemente, pero de todo eso podemos reírnos, si es-

tamos decididos á hacer lo que he propuesto para evitar la guerra.

Seis ojos por uno y diez quijadas por diente. Y en gente gorda. Y en los primeros momentos.

EL TORMENTO EN LOS CONVENTOS

POR

FRAY GERUNDIO

Con prólogo de José Ferrándiz y epílogo de José Nakens.

PRECIO: UNA PESETA

A los suscriptores y corresponsales a EL MOTIN se les rebajará el 25 por 100.

Se enviará además 25 céntimos para el certificado.

La salvación de España

Llegó la señora de Travaillard al santuario de Lourdes, nada menos que con «un cancer muy avanzado en el útero y en estado de plena caquexia», el día 12 de Julio último, estuvo sólo hasta el 15, y al volver de regreso á la estación de Tours, donde estaban esperándola para colocarla á lo largo en su cesta, se levanta, trepa al pescante, se sienta junto al cocher y continúa así el viaje en los 28 ó 30 kilómetros que la separaban de Neuwy.

¡Eureka! Ya encontré lo que buscaba. Remedio al cancer clerical que España padece.

¡Querida madre España! ¡A Lourdes! Y que te acompañen todos los obispos, frailes, curas, monjas y beatos de viso.

Y una vez allí, agárralos á todos, échalos en las piscinas, y tírales piedras hasta que se ahoguen.

Y volverás curada del cancer maldito que pudre tu sangre y come tu carne.

Y si necesitas quien te ayude en la pedrea, avisame, que correré á tu lado. Y en buena compañía.

Jesuitas y anticlericales

En San Sebastián ha ocurrido un caso digno de que sea contado, ya que así no lo han hecho más que dos diarios madrileños, siendo el más callado en el asunto el periódico «republicano» de la localidad «La Voz de Guipúzcoa».

El viernes de la pasada semana, según es ya de dominio público, una niña se presentó en la residencia de los jesuitas preguntando por el P. Martínez. El portero la recibió muy amable y la dijo que aquel se hallaba enfermo, pero que pasara, pues llamaría al que hacía sus veces.

Ignórase lo que el aludido hermano portero haría á la niña, pero es el caso que ésta salió toda asustada y co-

rrió á su casa, donde dió cuenta de lo sucedido á sus padres.

Estos amenazaron con ir á contar lo ocurrido al periódico «radical» «La Voz», para escarnio de los jesuitas. Pero no contaron con la cuquería é influencia de esta gentuza, que se adelantó para que aquéllos no pudieran cumplir sus deseos.

Esto es lo que cuentan y se da ya por cierto.

Ahora, ¿puede el Sr. Navas, Director de «La Voz de Guipúzcoa», decirnos si es cierto que la señora de uno de los accionistas y caciques del periódico le llamó para pedirle, por recomendación del P. Cendoya, que nada dijera en sus columnas, para no dar un escándalo?

¿Es cierto que el Sr. Navas dijo que su periódico no se ocupaba de estas cosas, y que perdiera cuidado, que nada diría?

¿Es así como entiende que se hace campaña antijesuitica y anticlerical?

Se nos dirá que la cosa no estaba probada; pero creemos que ya era suficiente la queja de la niña, la de sus padres, y la recomendación de la señora citada, para que, si hubiera en las venas del Sr. Navas sangre anticlerical, se hubiera ocupado de esclarecer el hecho y diera la voz de alerta á las familias de los que mandan sus hijos á esos centros asquerosos.

Muchas cosas podíamos contar con respecto al anticlericalismo del periódico «La Voz de Guipúzcoa», que se titula republicano, pero basta como muestra lo apuntado para que los lectores se den una idea de lo que es.—Un lector.

San Sebastián 29 Agosto 1910.

P. S.—Escrito lo que antecede, me enteré de que ha sido presentada en el juzgado, por el padre de la niña, una denuncia contra el Padre portero de los Jesuitas, por supuestos abusos deshonrosos cometidos en la persona de aquella.

Pues bien: «La Voz» sigue callada y la opinión indignadísima contra el «pastelero» periódico, deshonra de los republicanos donostiaras.

Charlatanería

La hermosa catedral tragaba y vomitaba gente por sus portones, grandes como fauces de monstruo; en el kiosko del zócalo una banda militar tocaba un *potpourri* de aires españoles, cuyas notas se confundían con los gritos de los vendedores ambulantes, el ruido de los timbres de los tranvías y los otros mil distintos de los sitios muy transitados; y el sol dominaba todo, derramando los portentosos esplendores del medio día sobre la inmensa plaza.

En un ángulo de ella divisé un numeroso grupo de gente—del pueblo en su mayoría;—y preguntándome «¿qué habrá allí?», fui, atraído por la curiosidad del desocupado, á buscar la respuesta.

De pie, sobre un coche de plaza, estaba un hombre vestido de manera extravagante, con una túnica ó hábito blanco á manera de franciscano, y sobre la cabeza una cosa, mitad bonete, mitad corona; un mamarracho, en fin; y á su lado, como contraste de la extraña figura, una hermosa niña, ataviada con un gus-

to en el que se adivinaban manos de madre, mirando indiferente á la multitud de curiosos, y que depositaba de cuando en cuando, con negligencia, prospectos y frasquitos en las manos del hombre.

Este venía específico contra el dolor de muelas, ¿cosa nueva! Sin embargo, no se si por curiosidad ó si por aburrimento, continué escuchando, sin entender apenas la chapurreada charla de acento italiano; y pensé en lo amargo y difícil que será el pan de esos hombres, de alguna ilustración á veces, poseedores: quizá de un título académico que desgracias de la vida les impiden explotar; y creí ver en la belleza de aquella niña la historia palpitante de unos amores grandes.

Aquel día las operaciones eran gratuitas; y aprovechando tanta baratura, un indio —de éstos que aún conservan traje, costumbres é idioma casi iguales á los que su raza empleaba cuatro siglos atrás— se puso en manos del sacamuelas, quien obligándole á subir en el coche, comenzó, sin dejar la charla, á examinarle la boca ante la expectación de los boquiabiertos curiosos; y así pasó un rato, durante el cual estuvo el curandero *manipulando* en la dentadura del paciente, hasta que le dijo, acompañando las palabras con un cachete familiar: «Eh, ya estás curado.»

Entonces hubo una escena rápida é insulsa, y á la que en su sencillez yo encuentro hermosura: el indio, para dar las gracias, besó humilde y respetuoso las manos que le ayudaban á bajar del coche; y aquel hombre, acostumbrado á la indiferencia, al desprecio y á la burla, sorprendido de recibir una prueba de agradecimiento, retuvo al indio, y apretujándole la cabeza con esa presión brutal de la caricia sincera, «ah, pobrecito, exclamó; ah, pobrecito, hijo mío; me besa la mano...»

Yo, que soy un poco sensible—ó, si se quiere, un mucho cursi,—sentí la dulce emoción que precede á las lágrimas motivadas; y separándome del carro para no ser ridículo si alguien me miraba, entré en la inmediata calle repleta de coches cargados de lujo y necesidad, seguro de no encontrar entre tanta dicha aparente la apariencia de algo que valiera lo que aquel pobre hombre de ridícula vestimenta que allá quedaba, en el ángulo de la inmensa plaza, dando específicos para las muelas y ejemplos de ternura humana.

MANUEL VINUESA

México.

La Asunción de la Virgen

En el Congreso mariano de Salzburg, entre otras tonterías de menor cuantía, se ha acordado pedir al Papa que declare dogma de fe la Asunción de la Virgen en cuerpo y alma á los cielos.

La cuestión está en saber si la ascensión se verificó de día ó de noche; porque lo que es elevación al cielo durante el día, es descenso para los anipódas, que viven en la noche.

Otra dificultad hay en saber el sitio que ocupa el cielo de los santos.

Algunos teólogos opinan que el cielo y el infierno están allí donde se verifica

la muerte, donde el alma queda como pegada contemplando á Dios, que, por ser inmenso, es igualmente visible en todas partes, ó pasando las baquetas de los diablos.

El Papa podrá salir del atolladero declarando que el cielo está en Jauja.

Harán bien en declarar que se fué al cielo el cuerpo de la Virgen. Con esto, si algún día parece el cráneo, el peroné ó el fémur en los jardines del Vaticano, el Papa podrá dárseles á los perros para que jueguen con ellos *sin sacrilegio*.

Suicidio del diablo

Finalizaba el otoño.

El diablo, inclinado la cerviz, seguía á lo largo del camino solitario haciendo gemir bajo sus pies las hojas amarillas. Estaba viejo y canoso, pues hacia media eternidad que buscaba en vano por el mundo una oportunidad para enviciar ó corromper á alguien.

«Una cosa voy á probar aún, se dijo: dar á un cura la sorpresa de mi visita; y dirigióse á casa de un viejo canónigo, quedando admirado al contemplar la gran escalera de mármol que conducía á la lujosa habitación del «siervo del Señor».

Golpeó, entró y vió sentado á una mesa opíparamente servida á un hombre gordo que á grandes bocados devoraba un pollo.

El cura miró con malos ojos al que así turbaba su almuerzo y le preguntó con aspereza:

—¿Quién es usted y qué desea?

—Permitame, señor, que me presente antes. Soy Satanás.

Las bromas de mal gusto las puede usted guardar para otro.

—¡Ah! —replicó el demonio,—se pasa usted la vida perorando sobre el Infierno y Satanás, y ahora que me tiene delante, no cree en mi existencia. Dicho esto señaló sus pies de caballo.

El cura se asustó, y un ligero temblor recorrió su enorme vientre.

—Entonces viene usted á buscarme,—dijo el reverendo mientras se persignaba incesantemente.

—Nada de eso: en el infierno no se dicen misas.

—¿Qué quiere, entonces? —preguntó algo más aliviado el cura.

—Charlar con usted; pero si le sorprende en una mentira, su alma me pertenece.

—Hable usted.

—¿Cree usted en el cielo, en el infierno y en el demonio?

El cura calló por un momento y luego dijo despacio:

—No.

—¿Y cómo puede usted predicar aquello en que no cree?

—Yo prometo al bueno el cielo y anátema al malo con el infierno, á fin de guardar al bueno y convertir al malo.

—Para lo cual emplea un medio en el que usted mismo no cree.

—Así hacen todos —replicó el cura.

—Pero, ¿por qué lo hace usted?

—Yo tengo una aspiración ideal: mejorar la humanidad...

—¿Por medio de la mentira? ¡Ja, ja, ja!

Y el diablo soltó tal carcajada, que temblaron los vasos sobre la mesa.

—Otra cosa aún —prosiguió el demonio.—¿Sería usted predicador si el sermón no le ayudara á vivir bien? Sea usted franco.

Calló un momento el cura y luego gimió:

—¿Por qué me mortifica usted?

—Contésteme, si ó no...

—No —dijo el cura, y parecía querer hundirse en el suelo.

—Así, pues, su vocación es un negocio como cualquier otro. La misión de todos ustedes era ganar para Dios el amor de la humanidad; ¿qué han conseguido? Los hombres son hoy más impíos que nunca. Tanto los han corrompido y depravado ustedes, que ya no hay trabajo para mí; no me han dejado almas que pervertir. Soy un ser inútil. ¡Malditos sean ustedes por todos los siglos!...

Y Satanás bajó temblando las escaleras, más descorazonado y enconado que nunca. Estaba de más...

Huyó al campo, se detuvo bajo un árbol, y...

—«Los hombres son peores de lo que yo jamás fui.» ¿Qué busco ya en la tierra?

Dijo... y se ahorcó.

P. FELNER

El maestro y el cura

En todos los pueblos, aquí la orgulloso iglesia, allá la humilde escuela.

La Iglesia, la edad media, el absurdo, las tinieblas del intelecto. La escuela, la razón, el progreso el porvenir de la humanidad.

¿Qué es lo que enseña el cura?

Un señor de gran barba blanca ha creado el Universo, hace seis mil años: «Geología».

Una mujer fecundada por un pichón, parió sin dejar por eso de ser Virgen; una ballena se tragó un hombre que, después de haber hecho un viaje de placer por su estómago, fué arrojafo vivo en otra playa; un obrero á quien le hizo falta una hora más al día, detuvo el sol; que gira alrededor de la tierra: «Historia Natural».

Todos los pueblos descienden de un hebreo llamado Adán: «Etnografía».

Todas las naciones deben obediencia á un soberano extranjero que se llama Papa: «Patriotismo».

Los niños nacen criminales y son responsables de los errores de sus abuelos: «Moral».

Enseñar la mentira religiosa; practicar el espionaje en el confesonario; provocar la guerra religiosa entre marido y mujer, entre padre é hijo; continuar las supersticiones antiguas con pretexto de los sacramentos: «Dignidad profesional».

El cura dice al hombre: «Guarda tu razón bajo llave, cierra los ojos, escúchame á mi sólo: no discutas, déjate guiar como un esclavo; abandónate por completa á mi tutela; algunos meses de seminario, un poco de aceite, un ademan del obispo, han hecho de mí un igual á Dios».

«Abre los ojos, dice el maestro á sus discípulos: observa, escucha, discute, qué la razón y la moral sean tus guías».

El cura aspira á hacer de sus discípulos un creyente; el maestro, un hombre. El uno dice: «embrutécete»; el otro:

«instrúyete.» Aquel, sin familia sin afectos, pertenece á la internacional negra; el maestro pertenece al pueblo al que enriquece con el conocimiento y el saber.

El cura, personalista, egoísta, hipócrita, trabaja únicamente por el triunfo de su casta; el maestro sólo piensa en el porvenir de la humanidad, que le ha confiado—misión gloriosa—la educación de sus hijos.

El uno siente la nostalgia del pasado; el otro la pasión del progreso. El maestro es el obrero de la civilización; el cura es el sacerdote del oscurantismo. «Credo quia absurdum»; esta es la criminal divisa, la norma y el programa del sacerdocio.

No hay conciliación posible entre el honrado maestro y el charlatán que explota cínicamente el miedo al infierno, que hace pagar su intercesión para con los ficticios espíritus llamados ángeles, y que vive del «pan» de San Antonio.

No hay inteligencia posible entre estos dos hombres: uno ignorante; otro sabio; uno ridículo en su apariencia de grandeza; el otro bueno, sencillo, modesto.

¿Qué sombra de respeto queréis que tenga el bravo maestro, hacia ese hipócrita fantástico, con el que ayer aún jugaba de niño por las calles, y que, de creerle, ha llegado á ser el portero del cielo, cuyas puertas abre; el gerente del purgatorio; el superior á Dios, á quien obliga á bajar al altar y encerrarse en una copa; el hombre de negocios de los ángeles, el favorito de la Virgen, el viajante en comisión de la Divinidad y de un mundo sobrenatural, del que el pobre diablo no puede dar más pruebas que su palabra interesada y la de la Iglesia?

La modesta Escuela, debe matar la orgullosa Iglesia.

El maestro es y será siempre, en todo el mundo, el antagonista del cura. Es el remedio junto al mal, el antídoto junto al veneno.

Es la instrucción y la instrucción, que nos librarán de la invasión negra, de las persecuciones y conspiraciones de los frailes y de los papas.

Hacia este lado es donde deben dirigirse los esfuerzos de los que verdaderamente deseen la emancipación intelectual y moral de la humanidad. No hay que andar con sutilezas en esto: hay que herir y que herir rudamente.

Y aplastar la hidra clerical y trabajar sin descanso en la resolución de los problemas sociales que se imponen, y cortar de raíz el más formidable obstáculo—el oscurantismo—que se interpone para impedir la marcha ascendente de la humanidad.

B.

Crimen salvaje

Cómo obrarían los curas si volviesen sus buenos tiempos.

Dos protestantes de Anvers fueron encarcelados por causa de herejía, y consiguieron la libertad después de abjurar de sus errores y prometer asistir á misa.

Tenían una sirvienta de catorce años, Ana Vanden How, que permaneció fiel al culto reformado. Supieron los je-

suitas, que eran todopoderosos en la corte de los archiduques, y exigieron que fuese condenada á muerte en virtud de los edictos de 1540.

Los magistrados, tan complacientes como criminales, acordaron la pena, y Ana, conducida á Bruselas, supo que sería enterrada viva. Sin embargo, los jesuitas le advirtieron que la salvarían, á condición de entrar en la Iglesia Católica.

La joven rechazó la proposición con una dignidad y una firmeza inesperadas en una muchacha de catorce años. «¿Cómo queréis, dijo á sus perseguidores, que abjure de mis creencias por temor á la muerte? Cada día leo la «Biblia» y no encuentro en ella nada que se refleje al Papa, al Purgatorio, á la misa, al culto de los santos ni á la remisión de los pecados.»

Otra vez la pobre sirvienta dió á sus verdugos una lección de tolerancia diciéndoles: «No tengo por qué intervenir en la conciencia de los que piensan distintamente que yo, y no ataco las convicciones ajenas.» Y agregó:

«Pido á Dios que me ilumine y aparte de todo error. En lugar de dudar, encuentro nuevas fuerzas en mis creencias. Así, pues, en lugar de aumentar el número de mis pecados renegando de mis convicciones, prefiero renunciar á la vida.»

Una mañana de 1597, Ana fué conducida procesionalmente al lugar del suplicio. Marchaba entre dos jesuitas y seguida de larga fila de monjes.

En el camino, los religiosos exhortabanla á abjurar del protestantismo para salvar su vida y su alma. Pero ella permaneció sorda ante sus amenazas y ante sus promesas.

Cuando el siniestro cortejo llegó al lugar del suplicio, la fosa estaba ya cavada. Los esbirros cogieron á la joven, depositándola en ella, y el verdugo comenzó á llenarla en seguida.

Cuando la arena llegó á sus hombros, los monjes le pidieron por última vez que renegara de sus errores; pero ella rehusó una vez más, y el verdugo concluyó su obra.

El catolicismo había agregado un nuevo crimen á su historia.

(La Fensée.)

Bruselas.

El precio fijo

Con el fin de que le bautizaran una hija, se presentó una infeliz ignorante á uno de los «representantes» de Dios en Ponce (Puerto Rico).

—¿Qué dinero trae usted?—le preguntó el cura.

—Una peseta—contestó la mujer.

—¿No sabe usted que un bautizo cuesta un peso?

—Sí, señor; pero soy una pobre y no puedo disponer de más dinero.

—Entonces... váyase usted sin bautizar la criatura.

—¡Bendito, Padre! Mire que se me está muriendo. Vivo en un barrio lejísimo; salí á las cuatro de la mañana porque la chiquita se agravó y fijese á la hora que he llegado; son las once y aún no he almorzado. ¡No me deje ir para el barrio sin bautizarme la nenita! ¡Hágalo por María Santísima! El día que mi

marido se ponga bueno y venga al pueblo, le traerá una gallina bien gorda.

—No puede ser; tiene que ser un peso. Y con respecto á la gallina, la Iglesia no trabaja por aves; lo que necesita es dinero.

Todo varia ó se modifica en la tierra al cambiar de clima: lo mismo el hombre, que las plantas, que los animales.

Sólo hay uno de éstos que conserva en todas las latitudes su fisonomía propia, que no cambia de costumbres, ni pierde uno solo de sus malos instintos: el cura.

Admiremos el poder omnímodo de la Providencia.

Un deber urgente

Hay un deber para todos nosotros, liberales de corazón: el deber de cuidar á nuestros niños, de ponerlos al abrigo del prejuicio religioso. La Iglesia va comprendiendo que con los hombres redimidos toda amenaza de ultratumba y todo esfuerzo de persuasión resultan estériles. De aquí que todas sus energías se concentren en la captación del niño, necesario á su porvenir amenazado por las fuerzas sociales que remueven en forma alarmante el fondo oscuro de la vida.

Ella ha comprendido que el presente, sombrío y funesto para sus intereses, no puede ser remediado. Se limita, pues, á conservar lo que la tolerancia ó la negligencia de los vencedores le han dejado á raíz de su derrota. Pero piensa en el porvenir y á él dirige sus entusiasmos, con el propósito de preparar una generación reaccionaria, sin voluntad y degradada en sus principios, capaz de influir en el país de tal suerte, que nuestras conquistas se trastruequen en el humillante salto atrás de una reacción religiosa.

Mientras nosotros, orgullosos del triunfo, creemos que ya nada hay que hacer para garantir el porvenir, el clero de aquí, con la sagacidad propia de quien debe echar mano de sus recursos para salvarse, se apodera del niño así como de la mujer, estas dos fuerzas que los liberales desconfían por incomprensible apatía, condenable como un pecado de conciencia.

La mujer y el niño, ésta sobre todo, deben ser nuestros. Pese á quien pese y cueste lo que cueste. Es preciso que la mujer, cuya influencia es la vida del hombre,—hijo, esposo y padre,—es incalculable, abra su cerebro á la luz de la verdad; y es preciso que el niño, á quien tantas veces hemos llamado porvenir, no se desarrolle en el troquel falso y estrecho del concepto religioso.

Los liberales, pues, tienen un santo deber que cumplir. Es un deber urgente, que debe llegar antes de que la generación crezca mansturbada por los manoseos clericales. No basta decir, como un cronista espiritual, que esos niños esperan que se les endurezcan las alas para huir, por que las alas pueden llegar tarde y lo que está destinado á ser águila convertirse, por atrofia provocada, en miserable é impotente gallinacea...

Es necesario que cada liberal de verdad, no el que se vende todos los días al bajo precio de comodidades vergonzantes, se decida á no dar cuartel al

clero y á quienes en su nombre obran. Es preciso que ningún niño se ponga en contacto con los curas, pues el niño, única esperanza de la vida, debe llegar á la verdad, á la dicha, al triunfo por el solo camino de la libertad completa, sin verse en el peligro de caer en manos de quien, con toda suerte de elementos de degradación, podría sacrificar una conciencia y una vida consagradas á dignificar todo lo bueno, todo lo noble, todo lo bello de la existencia.

CELESTINO MIBELLI

Montevideo.

Bravatas concordadas

Si el Gobierno no esuviere de acuerdo con el Papa en esas bravatonadas de la facción pontificia, ex gria del Papa una reprobación solemne de estos escándalos, ó daría incontinenti el pasaporte al Nunfo, declarando, arretidos é incommunicados á obispos y frailes hasta proveer.

Porque *ipse fecit cui prodest*. Si aprovechan al Papa estas algaziras, él es quien las promueve.

Y esto de partir el pinón con quien afila el puñal alevoso, es mucha tontería ó mucha concordancia.

La moral laica y la moral católica

Se dice á menudo que el delito no es otra cosa que el fruto de la moral laica. ¿Es, acaso, que ésta enseña á delinquir? No.

La moral laica es la moral de la razón humana, sin desviaciones ni intereses de casta. Por el contrario, la católica oscurece la conciencia humana, violentando las rectas normas de la razón para imponer obligaciones que nada tienen que ver con la conciencia humana, pues que dependen de los intereses de la casa clerical y de las alucinaciones místicas, y, por tanto, tiere las reglas de la honestidad, de lo justo, de lo positivo.

La moral clerical enseña á los curas á no casarse, obligándolos á toda suerte de excesos contra natura.

La moral clerical funda el bien en las formalidades del culto (ayuno, abstinencia, misa, confesión, etc.) más bien que en las buenas obras; considera mejor al hombre deshonesto, pero creyente, que al honrado, pero incrédulo.

La moral clerical afirma que el mal puede ser borrado con una simple confesión, incitando así á repetir.

La moral clerical aconseja que debe odiarse y perseguirse al semejante, si no cree.

La moral clerical enseña que los curas deben ser privilegiados y superiores al resto de los mortales; los cuales deben obedecer al tirano y éste al sacerdote.

La moral clerical dice que las divisiones sociales y la miseria (de los demás, no de los curas) son de derecho divino y eterno.

La moral clerical preceptúa que el hombre debe prostituir el buen sentido,

hasta llegar á creer que algunos palabras y algunos gestos realiza los por el cura pueden cambiar el curso de los acontecimientos naturales.

La moral clerical manda prescindir de la higiene, del ejercicio, los cuidados del cuerpo y oprimirlo con castigos para ganar el famoso paraíso.

La moral católica enseña á la hija á pasar por encima del cadáver de sus padres para ir á enterrarse viva en los conventos y en ellos renunciar á su voluntad para vivir como una automata.

La moral clerical tortura á Galileo y asesina á Benito.

La moral clerical enseña que es permitido también robar, mentir y asesinar (véanse los autores jesuitas).

La moral clerical difama á la víctima después de asesinarla, como hizo hace poco con Ferrer.

La moral clerical enseña á los niños que Jesús nació de un adulterio de la Virgen María, que la mujer de Put far tentó á José, que Judas colabó con Tamar y Lot con sus hijas, con otras muchas inmundicias contenidas en la Biblia.

La moral clerical induce y obliga á los curas á hacer preguntas en el confesionario á los niños á propósito de la castidad, iniciándolos así en el vicio.

La moral clerical autoriza á los curas á corromper y seducir las mujeres en el confesionario.

Y vamos á los comentarios.

¿Han sido educados por la moral laica los curas delincuentes?

¿No es cierto que todos los delitos son cometidos por creyentes, ya que son pocos los hombres que no lo son?

¿No es verdad que los delincuentes salen de las escuelas religiosas, por la sencilla razón de que la escuela laica no existe todavía más que como ideal?

¿Es fruto de la moral laica el que los atentados contra las buenas costumbres cometidos en Francia por los maestros de hace treinta años, se cometieran en la proporción de 32 por 100 en las escuelas clericales?

¿Es fruto de la moral laica el hecho afirmado por el capellán de la cárcel de Cherswell de que de 50 adolescentes presos, 48 habían salido de las escuelas religiosas, y que de ellos, 25 habían sido premiados en la escuela?

¿Es fruto de la moral laica el que en dos mil años de moral cristiana no se hayan suprimido la prostitución, la guerra, el delito y la miseria?

¿Es fruto de la moral laica el hecho de que los grandes criminales sean todos creyentes y que los condenados á muerte se confiesen antes de subir al cadalso?

¿Es fruto de la moral laica el que en los países donde combaten los misioneros, los más borrachos sean los convertidos al cristianismo?

¿Es fruto de la moral laica, por último, que el mayor número de suicidas sean religiosos?

Pues entonces ¿qué combatir la moral laica, tan superior en todos sentidos á la católica?

Noticia del Porvenir

L'Osservatore Romano del 1.º de Septiembre de 1910, publica una curiosa noticia.

En los altos centros del Vaticano, en previsión de que el anticlericalismo español entierre al actual jefe Sr. Catalañes, se está tratando de buscar sucesor. Al efecto se enviarán embajadores secretos que exploren el ánimo de los políticos sedicentes radicales que se presten á aceptar el programa anticlerical que redactará Maura, asistido del P. Co'ona y que necesitará el *Visto Bueno* de Francisco J. sé.

En vista de las necesidades de los tiempos el Papa ha creado la orden pontificia de cadenas secretas, para los jefes anticlericales de los varios países que se obliguen á seguir la comedia.

Lo inconcebible

Auto famoso que pasará á la historia:

Auto: En la villa de Cervera del Río Alhama á 28 de Agosto de 1910.

Resultando: Que en esta causa consta la existencia de el hecho de haber sido inhumado en el cementerio civil de esta villa el en lávur de la niña Josefa Luis Castro el día 7 del presente mes á las dos de la mañana, no obstante pertenecer dicha niña á la comunión de la Iglesia Católica por haber sido bautizada, inhumación que se verificó accediendo á la expresa voluntad de su padre Santiago Luis Andeló y con la autorización del alcalde ejerciente D. Polayo Sainz Madurga, sabiendo ambos la circunstancia del bautismo de la niña, cuyos hechos pudieran ser constitutivos de delito previsto y penado por el artículo 319 del Código penal dado la interpretación que del mismo hace la Sentencia del Tribunal Supremo de 24 de Mayo de 1909 sin perjuicio de la calificación que en definitiva merezca, y sólo á los efectos de este precepto. Resultando que por certificaciones unidas al sumario se acredita hallarse Polayo Sainz Madurga desempeñando actualmente los cargos de teniente alcalde y Concejal del Ayuntamiento de Cervera del Río Alhama.

Considerando: Que de lo actuado aparecen indicios de criminalidad y motivos bastante para creer responsables criminalmente de los delitos mencionados en el primer resultando á Polayo Sainz Madurga y Santiago Luis Andeló, si bien lo por lo tanto procedente decretar el procesamiento de ambos, y asegurar las responsabilidades pecuniarias que en definitiva quedan declarase por los hechos con arreglo á los artículos 281 y 289 de la ley de Enjuiciamiento criminal.

Considerando que al artículo número 192 de la Ley municipal, que la al Juez de paz la suspensión de los concejales cuando aparecieren motivos racionales para creer que han cometido delito que el Código penal castiga con suspensión de derechos ó de derechos políticos, y lo comunicó al señor Gobernador. Se declaran procesados á Polayo Sainz y Santiago Luis, por esta causa y delito mencionado, entendiéndose con los mismos los sucesos diligencias, enterándoles de su derecho; recibaseles declaración de inquirir y tráigase al sumario certificación del registro civil referente al nacimiento de los procesados.

ó su partida de bautismo y los demás datos estadísticos prevenidos por la ley.

También se decreta: Que para asegurar las responsabilidades pecunarias que en definitiva puedan declararse precedentes en este sumario, requiérase á dichos procesados para que presenten fianza en cantidad de 2,500 pesetas y pasadas veinticuatro horas sin verificarlo, embárguensele bienes de su propiedad bastantes á cubrir dicha suma, ó acreditase en forma su insolvencia, formando sobre este particular pieza separada.

Se decreta también la suspensión de Pelayo Sainz Maturga del cargo de concejal y teniente alcalde que desempeña en el Ayuntamiento de Cervera del Río Alhama, y póngase en conocimiento del señor Gobernador Civil de la provincia del proveído á los efectos correspondientes. Particípese esta resolución al Ilustrísimo señor Fiscal por testimonio literal, rogándole atentamente que acusase recibo.—Así lo acordó y firma el señor D. José Millaruelo y Durango, Juez de Instrucción de esta villa y su partido de que doy fe.—José Millaruelo. —Ante mí Liedo, Felipe Larramón.

De ese auto se desprende:

Que los hijos no son ya en España de sus padres, sino de la Iglesia.

Que el bautizar un hijo puede conducir después á presidio.

Y que, por lo tanto, lo más acertado es no bautizar ninguno, con lo cual se tocan además estas ventajas:

No imponer religión alguna al que no tiene conciencia de lo que es eso, por que ese sí que es un verdadero crimen.

No exponerse á perder los derechos de patria protestad.

Y no estar expuesto á pasarse en presidio unos años.

¡Oh padres que tenéis hijos! Meditad en esto, y absteneos prudentemente de mojar el occipucio á los vuestros.

¡Guerra al clericalismo!

El filósofo Kant decía: «Trata siempre á la humanidad, sea en tu persona, sea en la de otro, como un fin; jamás como un medio». Siendo éste un precepto de sana moral, debemos considerar como enemigos de la humanidad á todos aquellos que no lo observan.

Y no lo observan, los que han hecho enemigos á los pueblos y las razas, convirtiéndolos en esclavos de sus ambiciones egoístas, en perjuicio de la fraternidad y el progreso universal; los que han dividido la familia humana por odios religiosos y reinan sobre la porción sometida con el despotismo de los infames usurpadores, por el achamamiento de la inteligencia, la anulación de la voluntad y el extravío del sentimiento.

Entre los responsables de esta desgracia se halla en primera línea la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, que por tantos siglos viene vilipendiando y explotando á la Humanidad, sin soltar jamás su víctima espontáneamente; la que está organizada á su manera de un inmenso monstruo, sin similitud posible,

sin paralelo alguno, poderosamente absorbente y sin facultad de saciarse.

La calamidad más grande que la fatalidad ha suscitado al humano linaje, es seguramente la de los inventores de religiones y los consagrados á fomentarlas y á perpetuarlas; pero entre todos, los que más desenellan son los católicos. Ellos son enemigos de la fraternidad universal, del altruismo, de la paz y felicidad humanas; ellos persiguen la libertad, la ciencia, toda manifestación elevada del sentimiento y toda aspiración de progreso; ellos son avaros, explotadores, hipócritas, e niles é intransigentes; ellos hacen á los hombres ignorantes, supersticiosos, fanáticos, inconscientes y abyectos; ellos abusan de la candidez de sus fieles, perverten la inocencia, é introducen en los hogares las semillas de la discordia y la disolución; ellos se oponen á la propagación de la especie, sin perjuicio de ser lujuriosos; están contra la institución de la familia; prescriben é imponen severas reglas de conducta á sus subordinados, pero se permiten todo género de vicios y toda clase de licencias; en una palabra, ellos son en sí y en sus instituciones la encarnación real y verdadera del espíritu del mal. Y señalamos muy especialmente á los clérigos católicos, no porque los de otras sectas sean mejores, sino porque, como viven y oíeran en naciones más civilizadas, no tienen disculpa ni merecen perdón.

Obra benéfica es y la voz de la humanidad ultrajada clama por ello, declararle una guerra sin tregua ni cuartel, exterminadora del clericalismo, hasta extirpar de raíz esa calamidad odiosa, borrándole para siempre del cuadro de nuestras instituciones.

P. N. TORRES Y ZARATE

El amor á la infancia

Tenía la niña once años y el cura de Ronti iba á darle lecciones á su casa.

Y era tan lista, tan aplicada, tan mona, que el buen ministro de Dios estaba encantado y se la comía á besos.

Besos silenciosos, comprimidos, á causa de que una tia de la niña presenciaba las lecciones, y que, si bien era elegante, tenía en cambio un oído que ya lo quisieran para sí las liebres.

Como el comer y el besar (hay quién vulgariza la frase sustituyendo el besar por el *rascar*) es hasta empezar, sólo Dios, que lee en las intenciones, podía decirnos en lo que hubiese acabado aquello, si la tia del niño desarrollado no hubiera una tarde puesto el grito en el cielo, lanzando de paso al venerable profesor tal sarta de insultos, que acudió la familia, y por poco no acababan allí con él.

Llevado el asunto á los tribunales, el de Perugia acaba de condenar á un año de prisión al vehemente sacerdote.

El amor á la infancia mantiene constantemente en presidio á centenares de ministros del Señor, y priva á millares y millares de entrar en el cielo.

No pueden tomarse al pie de la letra las máximas cristianas.

LENGUAJE VIRIL

Alá va un fragmento del manifiesto dirigido contra el Papa Gregorio IX por el emperador Federico:

«Sabed, pues, crédulos pueblos, que es tiempo de que abráis los ojos para examinar las creencias que os impusieron tres impostores: ¡Moisés, Jesucristo y Mahoma! ¿No os dice vuestra razón que solo personas interesadas en engañaros pueden sostener que Dios nació de una mujer que no dejó de ser virgen, y tantos otros milagros tan incomprendibles como éste? ¿Cómo podéis creer que papas incestuosos, ladrones y asesinos tienen poder para unir y separar? No temáis, pues, esas cóleras ridículas, de que sabéis tomar venganza por las armas.»

«Si es verdad que las religiones son únicamente doctrinas humanas, atribuidas á Dios por los clérigos embuscos, é impuestas á las naciones por los poderosos de la tierra á fin de tenerlas sometidas al yugo de una obediencia pasiva y de aprovechar para sus placeres el sudor y la sangre de los desgraciados pueblos, es preciso confesar que también los príncipes cayeron en los lazos que habían armado á la humanidad.»

Hay que convenir en que ha habido en lo antiguo emperadores con sentido común.

Es una lástima que al presente no los haya.

Esas ideas, secundadas por los maulers, ¡qué hermosas!

Farsas místicas

En varias poblaciones se representa todos los años la pasión de Cristo, ocurriendo en ella los pasos de la procesión de Viernes Santo, excepto el de la Virgen de los Dolores, que se queda en una de las callejuelas próximas.

El padre predicador, desde un balcón de la plaza, pronuncia el sermón flamante del *encuentro*, y cuando llega el momento oportuno, con desahoradas voces se dirige á la *figlia* de San Juan, y grita como si le oyera:

—¡San Juan, San Juan!... Vete en busca de María, para que vea el estado en que se encuentra su divino hijo.

Los hermanos que llevan en hombros á San Juan echan á andar, y cuando han dado algunos pasos, vuelve á gritar el predicador:

—Parate, San Juan, y escucha lo que voy á decirte: Te he encargado que comulgues á la Virgen Santísima este inmenso dolor... pero no se lo digas de repente... Prepárale poco á poco el ánimo para recibir tan tremenda noticia.

Momentos después aparecen San Juan y la Virgen; el predicador se exalta y murmura; las beatas lloran á gritos, y las *chigies*, es claro, se quedan como estatuas.

Estó es convertir á los ministros de la religión en cómicos y á las imágenes en *fantoques*.

(FOLLETÓN 66.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR
OFFENBACH

CAPÍTULO XXXVII

DE UNA EFIGIE TERRIBLE, Y UN LETRERO
PERSUASIVO.

Hablando de la iglesia de Santa Cruz de Segovia dícese en una obra titulada «España», que «había allí, entre los peñascos y malezas de la orilla (del río) una sombría cueva expuesta al norte, cuando en 1218 la escogió por asilo el gran Domingo de Guzmán, preparándose con rígidas penitencias á ejercer en la ciudad su apostolado, que ilustró con raros portentos y admirables conversiones... La (capilla) de la santa cueva, á la cual se baja por algunos escalones, recuerda las austeridades del santo patriarca, cuyos sangrientos rastros borró tiempo hace una piedad indiscreta del suelo y de los muros, adornándola en cambio con devotas efigies». No existen hoy, pues, esos rastros; mas puede calcularse lo que con tales toques sería la santa cueva, cuando se diga que sin ellos es ya una de las cosas más tétricas que el curioso viajero puede contemplar y que á beneficio del lector vamos á describir aquí; porque es lugar aquel en que se hallan propiamente representadas en compendioso resumen la psicología é historia de la monarquía hispana.

En primer término, lo de «á la cual se baja por algunos escalones» no da idea apropiada del descenso que hay que efectuar. Quizás á nosotros, al subir, el deseo que teníamos de alejarnos cuanto antes de aquel azotadero, nos haría la distancia y diferencia de nivel más grande de lo que son; más de todos modos, no se trata sólo de bajar «algunos escalones» seguidos y del tamaño usual, sino de un prolongado descenso por un camino pedregoso y tortuoso que, de cuando en cuando, tiene escalones. Al fin, se tuerce á la izquierda y se encuentra de frente la capilla.

Nuestra visita fué á la caída de la tarde, y por tanto no sabemos si á hora más temprano aquel escenario tendrá aspecto menos lúgubre; nos-

otros entramos, y nos quedamos un rato deslumbrados por el súbito paso de la claridad á la oscuridad. A mano izquierda había un altar; tras el altar estaba la cueva, una especie de túnel tosco y curvo; y en la cueva había un gran crucifijo. Unas cuantas velas, muy pocas, daban apenas bastante luz para enterarse de todo eso. De repente, volviendo la cabeza hacia un tenue resplandor que á mano derecha percibimos, vimos... vimos,

lo que vimos, vive Dios, que nos hizo estremecer, pues se nos apareció el mismo santo Domingo de Guzmán, en una hornacina, ó mejor dicho, covacha, á poca altura, de la que se nos figuró que salía probablemente, así lo pensamos, á pedirnos que nos desolláramos al par que él, ó quizás á darnos, él mismo, una buena tanda de azotes. Aquella figura de bulto y tamaño natural, revestida de hábito blanco y negro, no simulado sino verdadero y efectivo, y debilmente iluminada por una vela trasera y baja que apenas dejaba distinguir las facciones del santo, al cual, por esto, nuestra imaginación prestaba semblante y expresión terribles, aquella tremenda efígie, decimos, daba miedo. ¡Y aún hay quien, como el autor de «España», echa de menos en tan tétrico espectáculo los sangrientos rastros!

Una vez pasadas las primeras impresiones nos pusimos á meditar. ¡Cuán de manifiesto está aquí, nos decíamos, la psicología hispana de aquel tiempo! ¡Y que bien caracterizado está el santo, expuesto á la veneración de los fieles de este mundo! Porque santo Domingo de Guzmán era el primitivo hombre de las cavernas, que, sin salir de ellas, hubiese progresado mental, intelectual, cerebralmente. No convivía ya, ciertamente, con las hienas y otros animales que solían hacer la tertulia al hombre primitivo, pero la sangre de los alimentos devorados por aquellas bestias estaba representada por la que creíamos ver, ó adivinábamos, del propio santo; por los mencionados rastros que la piedad, que el antes referido autor llama *indiscreta*, ha logrado borrar. Si no enteramente el hombre, lo que es el santo de las cavernas allí estaba sin duda alguna; y allí estaban la santidad y la religión de aquellos tiempos, que no eran en puridad sino religión y santidad también de las cavernas; la que habría tenido toda la humanidad, si hubiese llegado á progresar por sí, sin mejorar de ambiente, en sentido antropológico, sin avanzar, ó avanzando

muy poco, en los otros conceptos y modalidades de la vida social é individual. Allí estaba él, santo Domingo, haciendo comprender perfectamente la verdad y realidad de su existencia y manera de ser; allí estaba él disciplinándose, torturándose y desangrándose á conciencia como para creerse con perfecto derecho á hacer lo mismo con el prójimo; allí estaba revelando cuán capaz era, aunque no fuese exacto que lo hubiese efectuado, de mandar que se pasase á cuchillo indistintamente á herejes y no herejes, porque Dios ya los distinguiría, ya sabría cuales eran unos y cuales otros el día del juicio.

El lugar no era agradable, y lo abandonamos pronto; pero recomendamos que no deje de visitarlo quien desee explicarse de un golpe muchas cosas de la historia de España, y aun en algún modo de la del mundo entero, que no haya llegado todavía á comprender bien.

Esa historia á que nos referimos, como el lector habrá observado, es historia antigua. Mas también en Segovia está la clave de la historia contemporánea de la monarquía española.

Hemos dicho ya en otro capítulo cómo se formó el partido liberal, que vino á ser la otra columna que á la restauración, para no venirse abajo, le estuvo faltando durante algún tiempo en un principio. Hemos dicho, en efecto, que dicho partido se formó como en un río se forma un islote movedizo, merced á un ramajo que, tocando en el fondo, se detiene, y alrededor del cual se van acumulando arenas, hojarasca y detritus que la corriente lleva en suspensión. Hemos supuesto que de ramajo (políticamente, porque personalmente era digno de todas las consideraciones y todos los respetos) hizo el Sr. Sagasta, y que el Sr. Cánovas, á la muerte de Alfonso XII, para evitar que el islote liberal fuese á tomar nueva posición corriente abajo, se apresuró á conjurar este peligro, haciéndose con su partido á un lado y dejando á los liberales el poder.

Pues bien; poco á poco, esto es, uno á uno, dos á dos, y á veces en grupitos de algo más, se fueron pasando á la monarquía y dinastía que tanto ó más que el Sr. Sagasta habían odiado y combatido, todos los liberales y muchos republicanos á quienes había seducido la fórmula de que luego hablaremos, y que es la clave á que nos hemos referido. En